

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

15 DE NOVIEMBRE DE 1893

Nº 46

| | | | |
|------------------------------|------|-----------------------------------|----------------------------|
| PRECIO | | EDITORES PROPIETARIOS | EDICION BIMENSUAL |
| SUSCRIPCIÓN MENSUAL. | B. 4 | J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA. | DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO |
| UN NUMERO SUELTO. | B. 2 | EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA | CARACAS — VENEZUELA |
| | | DIRECTOR: MANUEL REVENGA | |

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Doctor Luis Sanojo, por el Doctor Nicomedes Zuloaga.—Los dos genios, poesía de D. José Antonio Calcaño.—Carta á los Editores, por XXX.—Discurso, por el Doctor I. Riera Aguinagalde.—Al Doctor G. Knoche, por E. Rivodd.—El exposito, por el Doctor Eduardo Calcaño.—Pierrot, por G. de Maupassant.—Fabricio Conde, por la Dirección.—NUESTROS GRABADOS.—La Criadita, por Cálculo Méndez.—Soneto, por Manuel María Fernández.—Obstinación, por C. Sánchez Aréva-

la.—En busca de marido.—Revista de la Quincena, por Eugenio Méndez y Méndez.—Dos cartas de Löbning, por Lisandro Alvarado.—El Pescador de Islandia.
GRABADOS Doctor Luis Sanojo, de fotografía.—Doctor Ildefonso Riera Aguinagalde, de fotografía.—Antigua iglesia de la Trinidad, de fotografía.—Una partida de Whist, por Conrad Beckmann.—Bosque de Macuto. Barquisimeto (Venezuela), de fotografía.—El exposito, de fotografía.—Señor Fabri-

clo Conde, de fotografía.—Estación Naval de Hamburgo.—Las Artes, por Deschamps.—Monumento al señor Ramón de la Plaza en el Cementerio del Sur, de fotografía.—Estación del Ferrocarril Central en Caracas, de fotografía.—Baños de río en Macuto, Castillo de Puerto Cabello. La Alcantarilla de Paso Real, Puerto Cabello, de fotografía.—Las Montañas Rusas, de fotografía.—La estatua de la Libertad en Nueva York.—Anuncios.

DOCTOR LUIS SANOJO

Cuando lleguen los tiempos en que las pasiones de partido tengan que ceder el paso á la historia fría é imparcial que las actuales generaciones han de escribir de nuestra pasada vida nacional y de los hombres que en ella desempeñaron algún papel; cuando los populacheros de oficio, disfrazados de apóstoles de la democracia, sean arrancados del solio que ilegítimamente se usurparon, para presentarlos tales como fueron, agitadores, sin principios ni probidad, ambiciosos sin ideales que convierten todos los problemas ó dolores sociales en instrumentos de su propio engrandecimiento, á reserva de renegar en la práctica de lo mismo que predicaban, entonces será curioso de ver cómo cambia todo el panorama de nuestra historia nacional y cómo al apagarse la silueta de los favoritos de ocasión, se van destacando con auréola de brillantes claridades figuras muy distintas de aquellas que se borran.

Cuando lleguen esos tiempos, será Sanojo uno de los personajes que primero se presentará al aprecio de sus conciudadanos por sus servicios eminentes á la causa del derecho y por el ejemplo de una vida de patriotismo y de virtud.

Entonces se verá, que ese *godo* Luis Sanojo, fué uno de los hombres más liberales y progresistas que ha tenido el país; que auxiliado por una vastísima instrucción literaria y científica derramó á raudales los conocimientos jurídicos en la prensa, en el profesorado y en sus libros, que son hoy casi el exclusivo guía de la generalidad de los que se dedican á la práctica de las leyes.

El año de 1857 comenzó á redactar *El Foro*, periódico de jurisprudencia que con diversas interrupciones llegó hasta 1864. En esta notable publicación se propuso levantar el nivel jurídico del país y especialmente al Poder Judicial, por la discusión ilustrada y puramente científica de las cuestiones que la práctica forense suscitaba; por la divulgación de la más sana doctrina jurídica y por la censura razonada y discreta de las prácticas abusivas que la ignorancia ó la rutina habían consagrado. Para juzgar de cuanto pudo servir aquella publicación á la difusión de las luces, basta pasar una rápida ojeada á las importantes materias en ella tratadas. Desgraciadamente aquel noble esfuerzo, (como otros posteriores de su especie), se apagó al embate de las desatinadas pasiones de los unos y de la torpe ó criminal indiferencia de los más. ¡Que esta desgraciada patria nunca ha acertado á discernir cuál es el camino de su felicidad y prefiere lanzarse en locas aventuras ó entregarse inerte al capricho del primer componedor, antes que oír el consejo de los que le advierten que no abandone la única senda que puede conducirla ciertamente á la libertad y al decoro social,

que es el respeto absoluto á las leyes y á las formas constitucionales!

Se sentó Sanojo como Diputado en la Convención de Valencia y luego como Ministro del Exterior celebró el tratado de límites con el Brasil, que aprobó el Congreso de 1859. Formó parte de la Comisión Codificadora de 1873 y contribuyó no poco á hacer prevalecer las ideas más avanzadas, y luego con sus *Instituciones de Derecho Civil, Comentarios al Código de Comercio y Exposición al Código de Procedimiento Civil*, obras todas notables por



DR. LUIS SANJOJO

su claridad y fácil exposición, coronó la obra de la Codificación, dando al país los medios de comprender y aplicar acertadamente las nuevas leyes.

Publicó también en 1877, (un año antes de su muerte), unos *Estudios sobre Derecho Político*, obra importante, degradadamente poco difundida y la más apropiada para la enseñanza de los principios del Gobierno democrático-federal. En ese bellísimo libro aquel *duro conservador* se muestra tal como fué siempre, un verdadero liberal radical que sólo tiene una fórmula para la resolución de todos los problemas políticos ó económicos: la libertad. Ese hermo-

so libro, escrito con el calor de un patriota entusiasta, al mismo tiempo que con la serenidad y elevación de un pensador, conforta el ánimo y restituye la perdida fé:

Cuando la proscricción política llegaba hasta romper su pluma ¡aquella pluma que solo servía á la defensa de lo justo y de lo noble! se refugiaba en la soledad de su gabinete y allí entre sus amados libros, en su feliz y tranquilo hogar, ganando modestamente la vida, tal como se lo permitían los tiempos, recogía nuevas riquezas de sabiduría, no para guardarlas como avaro, sino para ofrecerlas generoso á sus compatriotas en cualquier intervalo de aliento ciudadano ó para trasmitirlas á los jóvenes discípulos que ocurrían á su lado y para los que fue siempre benévolo mentor. Amaba la enseñanza de las Ciencias, pero las Cátedras de la Universidad no podían ser para él, al menos para la época de su edad madura. Aquellos puestos los otorgaba el favor á los satélites del poder y Sanojo era un gran ciudadano cuyo solo nombre alentaba á las luchas por la libertad. Para corregir tan grave mal fue siempre partidario del profesorado libre ó *privatim docentes*, que sostiene en su tratado de derecho público como el medio más adecuado de llevar los más aptos al desempeño de la cátedra.

“Su moral era de una sola pieza, dice Becerra, y por esto no necesitaba de ningún género de reservas para ser juzgado el ciudadano era el hombre y viceversa el hombre era el ciudadano; allí no había dos vidas, sino una sola que como la luz solar salía del foco á repartirse tibia y serena en el sistema de sus relaciones sociales y sobre el escenario de la cosa pública. La casa de cristal ideada por el griego no le habría importunado sino simplemente por lo que tenía de amador de lo bello en el arte y en la poesía de la vida íntima.”

Para escribir una biografía siquiera sea ligera de un hombre tan notable como Sanojo, se necesita algo más del espacio y tiempo que tenemos, y ya el docto y brillante escritor señor Doctor Ricardo Becerra lo ha hecho en su carta al señor Don Ambrosio Montt, que tuvimos el gusto de reproducir en *El Partido Democrático* de 1890, con todo el acopio de datos de que él, que fué su amigo personal podía disponer. Valgan pues estas escasas líneas para dar una idea de lo que fué aquel distinguido compatriota.

Cuando impulsados por las circunstancias, nos vemos en el caso de hojear los anales de nuestro pasado, y nos encontramos con hombres como Sanojo, involuntariamente tenemos que exclamar con melancólica tristeza: *¡Los Dioses se fueron.....!*

NICOMEDES ZULOAGA.

LOS DOS GENIOS

POR JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

A LOS HERMANOS HÉCTOR Y VÍCTOR JUGO

En Guayaquil.—Sala alta, puerta en el fondo, balcón practicable a un costado. Entran Bolívar y el General San Martín.

BOLÍVAR

(En la puerta dando paso á San Martín, tras el cual la cierra.)
¡Paso al héroe inmortal de Chacabuco,
El de los mil laureles!

SAN MARTÍN

Fueran míos,
Y los rindiera humilde en vasallaje
Al de Colombia Capitán invicto.

BOLÍVAR

Hoy me siento feliz! Allá brindando
Quedan por esta unión nuestros amigos.

SAN MARTÍN

Es justo regocijo: todos miran
En este abrazo fraternal el signo
Del firme lazo en que estrecharse deben
Naciones que hace hermanas el destino.

BOLÍVAR

Y lo serán, como á la par los pueblos
Que pronto, á vuestro esfuerzo, ó por el mío,
Verán también sus hierros quebrantados.
Aun nos queda que hacer, no está cumplido
Del todo aún nuestro deber supremo:
Arrancar de raíz el despotismo
Del uno al otro extremo de los Andes.
Quién corone la obra, decidido.
Si son varios los miembros que obedecen
En cada cuerpo, es uno el albedrío,
Una la voluntad, una cabeza.
La que les da el impulso imperativo:
Cuerpo con dos, monstruosidad sería.

SAN MARTÍN

¿Pues nos toca á nosotros decidirlo?
¿Ni acaso está por decidirlo el cielo?
Quién mejor lo supiera que vos mismo...
La cautela dejad—solos estamos—
Nadie sabe que somos conocidos
Uno del otro ya, ni dónde y cómo
El decreto del cielo recibimos...

(Teme y trémula claridad brilla y desaparece.)

¿Creéis que las fatigas de la guerra,
Los afanes del mundo, hayan podido
Borrar tan alma escena... y vuestra imagen?
O es un sueño de gloria cuanto he visto?

BOLÍVAR

Entonces, bien! ya aquí no somos hombres!
(Vuelve la claridad y se hace permanente, pero tenue y casi imperceptiblemente trémula. Bolívar y San Martín aparecen como transfigurados.)

Somos los enviados del Destino,
Y otra vez faz á faz nos contemplamos
Como en la excelsa cumbre en que nos vimos.
Interrogar al cielo no nos toca
Por qué fuimos los dos los elegidos
Para la magna obra. Mas no es sueño:
Una tarde, de súbito, al fastigio
De aquel monte de hielos coronado
Fuimos, sin saber cómo, conducidos.
Tú llegaste del sur.

SAN MARTÍN

Y tú del norte.

BOLÍVAR

Bien te acuerdas. Al punto comprendimos
Que arcano celestial nos convocaba;
Y era todo mirarnos de hito en hito,
Y admirar el espacio y la imponente
Proximidad al cielo de aquel sitio
Al que nadie trepó, ni ha sido osado
A remontar el ala el cóndor mismo,
Que á nuestros pies, abajo, se cernía,
Ó ya posaba en los nevados riscos
Su negra forma, á trechos, semejado
Romana insignia en blancos monolitos.

¡Solemne panorama! Parecía
Que, á mejor admirarle, los sentidos
Fuerza y poder cobraban de inmortales,
Y más pujantes alas el espíritu.

SAN MARTÍN

Si, solemne espectáculo! A tus voces,
Tenerlo ante los ojos me imagino;
Jamás naturalista ni poeta,
Píncel ni pluma alguna lo han descrito.

BOLÍVAR

Y quién? Lo más sublime, lo más bello
De las obras de Dios, nadie lo ha dicho
Ni nunca se dirá, más que se apure
Y se refine el arte y el estilo.
¿Qué palabra dará los mil colores
Qué pintaban el éter infinito
En aquella altitud, inaccesible
Al pie y al pecho de mortal mezquino?
Sobre la cumbre, cual ruinoso templo
Donde acaso tuvieron culto y rito
Selváticas deidades ó habitaron
De los Andes los genios primitivos,
Cinceladas en hielo, en torno nuestro,
Sobre macisos y brillantes plintos
Levantábanse enormes columnatas,
Que ora emulaban capitel corintio
Con sus festones de bruñido acanto,
Ora estrías y dóricos triglifos
Y frisos que llevaban por adorno
Extraños misteriosos geroglíficos.
Ya acá no eran columnas, sino atlantes;
Pero no de arquitrabes oprimidos,
Mas cual si allí guardasen en efigie
A sus dioses de ayer contra el olvido;
Mientras en el centro, en línea, como apostada,
Agujas se elevaban y obeliscos
Que, al sol iluminados, parecían
De aquellas aras los ardientes cirios.

En su extensión los Andes semejaban
Inmensa boa en ondulado giro
Y de manchada piel de blanco y verde,
Que alza el lomo ó lo baja, á su capricho.
Y al pie las tempestades desataban
Su oleaje de fuego y sus rugidos,
Como á dejar serenas las alturas
Que á las puertas conducen del Empíreo.
¿Qué majestuoso el sideral silencio!
Tan sólo alguna vez interrumpíalo
Témpano que rodaba despeñado,
Cuyo informe volumen diamantino
A los rayos del sol tornado en ascua,
Iba de tumbo en tumbo por abismos
Fragoroso y en llamas voltejando,
Como un astro del cielo desprendido.
Alto, á nuestras cabezas, percibiase
La vibración eólica de un himno
O armónico zumbido: era, sin duda,
De las estrellas en su curso el ritmo.

O voz secreta ó movimiento interno,
Súbito móvil, á anunciarnos vino
Algo de extraordinario. A interrogarnos,
Uno en otro los ojos detuvimos,
Cuando desde el Darién á Magallanes
Subieron á asordar nuestros oídos
Y el corazón á herirnos, en doliente
Clamoroso tropel, ayes y gritos
Como de esclavos pechos, y con ellos
Gran ruido de cadenas y de grillos,
Que iban del cielo á demandar venganza,
Por los ecos del Ande conducidos.
¡Eran nuestros hermanos, nuestros padres,
De la oprimida América los hijos!
Volvíme á tí, del temple de tu alma
A sorprender revelador indicio:
¡Temblabas de furor, y se veía
Tu corazón saltar bajo el vestido!

SAN MARTÍN

Y tú! ¡Qué resplandores en la frente!
¡Cómo irradiabas! ¡Aterraba el brillo
Del olímpico rayo de tus ojos!
Y al hispano opresor dí por perdido.....

BOLÍVAR

Nos indignó el estruendo! Eso querían
Los hados á la América propicios.
Así vimos de súbito cambiado
En verdadero templo el que creíamos
Levantado al acaso por los hielos;
Y en medio de esplendores nunca vistos,
Cariátides y atlantes se animaron,
Y circundados en redor nos vimos
De genios y deidades que llevaban
Cada cual su atributo y distintivo.
Allí nos enseñaron nuestros nombres

Grabados en el libro del Destino;
Y con solemne bélico aparato
La investidura augusta recibimos.
Se te marcó la esfera, á tí el primero,
Del arduo batallar, y fuiste ungido.
Yo te ví unguir: yo ví al Valor tocarte
Con su cetro en la sien, y armarte el cinto:
Vístela la Constancia endurecer cual hierro
Tus brazos y tus pies: ví al Heroísmo
Templar tu corazón; y á las Virtudes
En tu frente poner su óleo divino.

SAN MARTÍN

Yo ví cuando en los Andes te trazaron
Tu zona de combates, y aun me abismo
De su inmensa extensión: del Orinoco
Al Magdalena, al Guayas y hasta el río
Tributario del Inca—¡medio mundo!
La senda más sembrada de peligros
Asignada te fué: te fué mandado
Lo imposible poder, obrar prodigios...
Mas no ví que te ungiesen para ello...
Ni Valor, ni Constancia, ni Heroísmo,
Nadie á tí se acercó... Ví allí presentes
Los más grandes guerreros de los siglos:
Nada te dieron... ni la frente alzaron...!
¿Y á qué te ungiesen, si naciste ungido?

Y los hechos que acabas me revelan
Que no es poder humano, mas divino,
El que tu diestra mueve: poder sumo
Con que sacas legiones del vacío,
Con que fabricas hierro y proyectiles,
Con que el rayo del cielo haces cautivo;
Lente con que descubres lo futuro,
Cetro de mago que, no bien movido,
Crea ó destruye, y agiganta ó mengua
La talla á tus soldados, á tu arbitrio.

Es así como el mundo, poco atento
A las obras del genio, sólo ha visto
En las huestes que riges, unos hombres;
Audaces, sí, potentes y aguerridos,
Pero hombres nada más, en talla y forma;
Porque en tal forma y talla han combatido.
Ya viera lo que son y quien los guía,
Por poco que apurara el raciocinio.
¿Pues no declara la razón, que es fuerza
Titanes ser para tan gran designio,
Titanes ser para atrancar los Andes,
Titanes ser para saltar por ríos
Que esconden la ribera; y desde el Avila,
El pie de cumbre en cumbre, y tan vecino
El cielo á sus cabezas, que apoyaran
En su techado el brazo. á ser preciso,
El Ande todo estremeciendo, á punto
De perturbar del mundo el equilibrio,
Llegar á donde el sol alzó su templo
Y su imperio después el despotismo,
Y déspotas y dioses arrojando
Al uno y otro mar, á fin más digno
Hacer servir un templo y un imperio
Sólo á la augusta Libertad debidos?

BOLÍVAR

Obra es todo del grande, el fuerte, el sabio:
El Dios de las naciones lo ha querido.
Hacimiento de gracias y alabanzas,
Para él sean no más. De sus designios,
Ciegos ejecutores son los hombres;
Y á que se cumplan, por igual camino
Le sirven la victoria y el desastre,
Y la entrada triunfal y el ostracismo.

SAN MARTÍN

Y servirá también... nuestro Calvario;
Que tal es tu destino y tal el mío!
Nos fue mostrado el cáliz de amargura,
Y el tósigo á apurar nos sometimos.
Respetados del hierro en los combates,
Vendrá á deshora el corazón á herirnos
La ingratitud, cuyo puñal remata
Más pronto que el puñal del asesino,
Porque está envenenado.....

BOLÍVAR

Aparte, hermano,
El recuerdo del duro vaticinio.

(De la plaza, á donde da el balcón, sube gran vocerío d. vitores á ambos.)

Debemos terminar; ya se impacienta
La cavilosa turba, que ni indicios
De esta fraternidad siquiera tiene,
Y antes se echa á juzgarnos enemigos.
Ya opinando los oigo á la ventura,

Y allá en lo porvenir harán lo mismo.
 ¿Qué no van á decir de esta entrevista?
 Unos, que te inmolestaste en sacrificio;
 Otros, que yo soberbio te me impuse.
 O me viste mayor... ¡Hombres mezquinos!
 ¡No hay mayor ni menor: Dios solo es grande!
 Nos marcó su labor, y obedecimos.
 Al fin de tanto cavilar sin fruto
 Y de enredarse al devanar el hilo,
 Vendrán á comprender que hubo un misterio;
 Mas cuál, nadie podrá ni aun presumirlo.
 Tal vez un día lo adivine un vate,
 De la fiebre del estro en el delirio,
 Y su relato estrechará á los pueblos
 Modelos de heroísmo en que nacimos.
 Y en alianza ellos dos:

(Oyense gritos que los llaman al balcón)

Mas, oye! Llámannos,
 Quieren vernos, mostrémonos.

SAN MARTÍN

Y unidos.

(Ya en el balcón)

¡Viva América libre!

(Voces en la plaza)

¡Viva, viva!

SAN MARTÍN

¡Este es el adalid! He aquí el caudillo!
 ¡Seguid su estrella! ¡Gloria al colombiano
 Invicto Capitán!

BOLÍVAR

Y al argentino!

(Responden vítores á entrambos.)

Caracas: 23 de Octubre de 1893.

Caracas: noviembre 7 de 1893.

Señores Editores de EL COJO ILUSTRADO.

Muy señores míos y amigos:

Ruego á ustedes la publicación, en su preciado periódico, digno museo de las glorias patrias, del adjunto discurso que se debe á una de las más notables producidas por Venezuela. Es obra del finado Doctor Ildefonso Riera Aguinagalde, que lo habla compuesto para pronunciarlo en el acto de su recepción en una sociedad literaria de Caracas. No llegó á decirse entonces, ni ha salido á luz nunca, que yo sepa. La copia que tengo, fué escrita de su propia mano, y con tal limpieza y corrección, que parece la destinaba á la estampa, después de haberle dado la última lima.

He de merecer de ustedes la gracia de mandarlo imprimir por entero en un solo número, sin embargo de su extensión, tanto porque puede ocupar puesto de honor al lado de otros escritos de los ingenios nativos, como porque pierden no poco de su valor los que salen á luz en porciones. Así los lectores podrán admirar de una vez todas las bellezas sembradas en la producción del más elocuente de los oriundos de Carora, del que con su inteligencia y fecundísima imaginación ha contribuido, cuanto no cabe decir, á engrandecer entre propios y extraños, el renombre intelectual de Venezuela; de donde resultará aumentado el interés á favor de la ciudad que, en medio de la desolación, ruina y desamparo de sus habitantes, víctimas de la espantosa avenida del río Morere, implora hoy la compasión de su hermana Caracas.

La oración del Doctor Riera está al nivel de las mejores que salieron de su pluma, si no las excede por la celsitud del tema complejo, religioso á par de político; el Evangelio, generador del catolicismo; la democracia, hija de las doctrinas cristianas.

Se sabe que, á fuerza de estudios serios y constantes, habla adquirido autoridad de maestro no sólo en la medicina, que profesaba con título académico, sino también en las ciencias teológicas, canónicas y políticas; y que de la lectura y meditación de la Biblia habla hecho el principal negocio de su vida. Latino de la afamada escuela de su tío Fray Ildefonso Aguinagalde, no la leía sino en esa lengua, y recitaba trozos de memoria, mayormente de los salmos. Así sus pensamientos como su estilo se formaron en el molde del divino libro donde nuestro sabio Doctor Juan Bautista Castro halla la más alta filosofía, y la única solución satisfactoria de los problemas y turbaciones que agitan al hombre y al mundo en nuestros revueltos tiempos.



DR. ILDEFONSO RIERA AGUINAGALDE

De allí se complacía en sacar la materia de sus trabajos. No es maravilla que con tales tesoros atine al blanco fijado, ni que en el desempeño de la tesis coincida en sus juicios con varones conspicuos.

Cuando asevera que el catolicismo no anda refuido con la Democracia, se anticipa á las declaraciones hechas poco há por el Sumo Pontífice León XIII al clero de la actual república Francesa.

En el discurso se manifiesta además el hombre de corazón que, ligado en estrecha amistad y compañerismo con el señor Ariza, recién muerto, introduce conceptos que le realzan brillantemente, sin perjuicio de la uridid del plan propuesto.

Allí resplandece el caudal de lenguaje castizo de que le nutrieron los clásicos Españoles en que sin cesar se repastaba. Creo que en su biblioteca, antes que en ninguna otra del país, entró completa la colección de Rivadeneira.

Pero además su cabeza le proveía del arte de presentar en nuevas y pulcras formas sus pensamientos, de levantarlos á la grandeza de los profetas, de Herrera, de Donoso Cortés, de Víctor Hugo. Sus modos de decir son nítidos, escogidos, sentenciosos, singulares hasta por la construcción.

Hermosa es la conclusión en que, con el acento de inspirado, pronostica el advenimiento universal de la Democracia, y por ella la vuelta de la edad de oro.

En vano se buscaría entre los venezolanos quien le aventajase en prendas oratorias ni en facilidad para improvisar. Mucho le ayudaban su figura gallarda y enhiesta, su voz potente y acomodada á todos los tonos, sus ademanes expresivos, y la convicción con que se producía.

Podría decirse que casi siempre estaba en la tribuna, cuando discurría sobre cualquier asunto, cuando buscaba persuadir una verdad, cuando narraba, cuando desenvolvía ideas religiosas, y hasta cuando entre amigos y familiares se entregaba á expansiones de afecto.

Compañeros de su prisión de muchos meses, entre ellos el venerable señor Doctor Agustín Aveledo, me han referido cómo la palabra patética del Doctor Riera les aliviaba el tormento de la cautividad y los confortaba en las amarguras de la cárcel, tocando siempre con dulzura todas las teclas de la resignación cristiana, de la esperanza y del consuelo. Les ha quedado grata memoria de aquella clausura, porque les dió á conocer en la vida íntima del infortunio todos los quilates del espíritu del Doctor Riera.

Visitó á Europa hasta tres veces con parada en Roma, Francia y más en España, cuyos monumentos, pudiendo estudiarlos y describirlos, no se contentó con ver como sólo objetos de curiosidad pasajera. Recibiólo con distinción el Padre Santo, ofreciéndole una dedicatoria autógrafa, que guardó cual dádiva inestimable.

Hizo la campaña federal hasta la dispersión de Coplé, se encaminó entonces á Colombia, donde estuvo hasta el triunfo de la revolución,

fué miembro de la Asamblea Constituyente de 1864, del Consejo de Administración en seguida, Ministro de Relaciones Exteriores en dos épocas, Ministro de Hacienda últimamente, y desempeñó otros varios cargos y comisiones políticas y literarias en diversos tiempos, todo con acierto y á conciencia.

En 1880, herido su cerebro de dolencia que le minaba, sus poderosas y múltiples facultades principiaron á menguar; y, si bien no soltaba de la mano los libros, ya no le era asequible establecer relación entre ellos y su cabeza. Nada aprehendía siquiera. Los suyos le enviaron á París, puesta en los insignes médicos de la gran ciudad la esperanza de salvarle; mas todo resultó inútil, y en 1882 tuvieron el dolor de llorarle muerto á la edad de cuarenta y ocho años. ¡Qué pérdida para ellos, para las ciencias y las letras, para la República!

Hasta el fin suspiró por volver á Roma y coronar sus viajes con el de Jerusalén en compañía del hermano de su predilección; pero su progresiva decadencia obstó al cumplimiento de este su último piadoso anhelo.

El cariño de la familia le siguió más allá de la muerte: por él guarda la patria sus restos.

Alma antigua, corazón ígneo, intelecto gigante, saber copioso, razonador contundente, fantasía de poeta, orador excelso, hablista como pocos, amigo incomparable, patriota sin rival, democrata por excelencia, y sobre todo cristiano ferviente; tal fué el hijo de Carora á quien se recuerda en estas líneas; de Carora, cuna también de nuestro amado Metropolitano.

Quedo de ustedes seguro servidor y amigo

XXX.

DISCURSO

COMPUESTO POR EL DOCTOR I. RIERA AGUINAGALDE, PARA EL ACTO DE SU RECEPCIÓN EN UNA SOCIEDAD LITERARIA DE CARACAS
 Setiembre 30 de 1891

Señores: Rendido de gratitud ante la Academia Venezolana de Literatura, no hallaréis mal, que las primeras frases de este discurso, nacidas del corazón, las dedique yo á expresar sentimientos íntimos, sola correspondencia de mi pequeñez á la honra de que soy objeto. Si desnudo de merecimientos, me veo hermanado á vosotros todos, que los guardáis como tesoro de fama propia; y por el puesto que luego ocuparé entre esta junta de los ingenios patrios, calificado de igual, no obstante el desnivel en luces naturales, acendrada ciencia, y vuelos de imaginación, de que sois dechados.

Pero lo habéis querido, y ya que por la incorporación gano prez, y títulos eminentes á la sombra que él me brinda, amparado de estos derechos, me prometo lograr indulto para mi desaliñada oración; puesto que no me sea dado remontar como otros á esferas muy subidas, donde la palabra, cautivando, enseña; y despidiendo rayos el talento, conmueve; y circundado de resplandores, pasma hasta la admiración el espíritu. Ah! si me fuera prestado, siquiera para esta ocasión solemne, el verbo luminoso de Cecilio Acosta, que cria cielos con la fecundidad de su intelecto, y siembra de estrellas sus discursos como el ángel de la noche los espacios, y tiende maravillosamente sus perfidos como otras tantas cadenas de oro, en que los eslabones son ideas, que llevan á compás el ritmo del pensamiento! O la facundia de nuestro jurisprudente consultísimo, voz de Academia, en quien la modestia, con ser tan grande, delata á las veces la diferencia de caudales que dan á su concepción el temple vigoroso de la antigüedad, emulando siempre, con gallardía de adulto, la forma clásica de los mejores tiempos de nuestra lengua. O la frase del orador grandilocuo, arrancado por ventura de su aislamiento, para incitación al culto de las letras de que es modelo, Artista de la idea, inteligencia envuelta en nubes de recato virginal, ama el retiro; pero, semejante á la sibila, si monta á la tripode, rotos los velos, y suelta su abundosa vena literaria, llena el viento de armonías, brotan chispas sus labios, y como si su verbo fuera corriente eléctrica en contacto con las almas, lo que pronuncia estremece, para dejar después útil enseñanza y gratos recuerdos. ¿Necesitaré mencionarlos? Temería su displicencia por el sonrojo, ó que se me tildase de indiscreto cuando habéis adivinado ya sus nombres. (*)

(*) Se cree, y uno de sus deudos recuerda habersele él dicho, que habla de los Doctores Rafael Seijas y Jesús María Morales Marcano.

Igual encogimiento me embarga con el de otros muchos aquí congregados, y cuya idoneidad, por relevante, quisiera viniese en mi ayuda, para salir airoso de este empeño. Mas, visto que es imposible el cumplimiento de mis deseos, servirá lo dicho de protestación candorosa que atestigüe en este día mi anhelo de acudir, si no enteramente digno de la Academia, acreedor cuando menos, por los designios de la voluntad, á la merced de su benevolencia.

Me propongo demostrar esta tesis.

El Evangelio, código de la más perfecta moral, y base de la civilización moderna, es el generante fecundo de la religión católica, única que conviene á todos los oprimidos de la tierra; y la Democracia, aspiración necesaria de los pueblos, natural y directa emanación de las doctrinas del cristianismo.

¿Qué era, señores, la familia humana cuando en el curso de los siglos sonó la hora de la plenitud de los tiempos? ¿Cuál su estado al realizarse el vaticinio de los profetas? La tierra subyugada rinde obediencia al cetro de Octavio, que, vencedor afortunado de Antonio en Accio, declara como fruto de su victoria la paz del mundo político.

Desde aquel momento la triunfadora Roma gravita con la pesantez de un coloso sobre el humano linaje, y pueblos y naciones, entre los términos del Océano Atlántico y las riberas del Eufrates, doblan la cerviz en estupor de silencio. Nada queda del mapa primitivo de la historia. Fábulas son sus reyes, letra muerta sus anales, crimen las fronteras, trofeo sus preciados monumentos y esclavos los hogares. Sólo el Emperador domina; y el águila de las legiones ceta con fiestas y cánticos la servidumbre universal.

Mas aquel período de la paz cesárea, como queriendo echar en olvido las cadenas, precio de la vida, vió salir una constelación de ingenios, al modo que en negra noche súbito cuajan el firmamento brillantes luminosos. Allí Virgilio, renombrado príncipe de los poetas latinos, que convierte la zampoña en instrumento de frases melodiosas, hasta renovar á la sombra de la campestre para el amoroso soplo de las brisas del edén; y elevando su numen á los primeros años de fatigas inocentes, cría al arado blasones inmortales; y subiendo aún más en los primores de su inspiración, traza la epopeya herencia de los siglos. Allí Horacio, ilustre vencido de Filipo, á quien el César entre fingimientos de soberbia procura su amistad: águila de poderoso vuelo á que no bastan las cumbres de Tibur; lírico inagotable, que ajusta á los modelos del verso griego la elegante estrofa de la musa latina, para llegar á nosotros con la celebridad de Píndaro. Allí Ovidio, infortunado prosarista de Tomi, que canta el amor con una de gracioso colorido, sin presentir, embriagado en los aplausos, su próxima desventura. El Ponto Euxino resuena de improviso con sus lamentos; y la elegía, única canción de sus dolores, es la gasa mortuoria que le cubre hasta que le nece, diciendo adiós á la Patria. Allí Tibulo, Propertio, Diodoro Sículo, Tito Livio, calificados talentos, que llevan en pos de sí estelas de gloria; y en el vestibulo de este templo el gran Mecenas, Sumo Sacerdote que protege á la milicia del progreso en la sagrada legión de los espíritus.

Adrede os he recordado el siglo de Augusto en sus principales lumbreras, callando el nombre de otros muchos varones sin disputa esclarecidos, por asentar que el advenimiento de Jesucristo se efectúa, no en época de tinieblas para el linaje humano, sino en medio del mayor esplendor que tuvo la civilización antigua, aún cotejada con la cultura de los tiempos de Pericles.

El estado de las ideas se resume á la sazón en la existencia de tres escuelas que se disputan el campo de la filosofía.

La escuela afirmativa ó tradicional, que nace en Sócrates y se formaliza en Platón. Para estos grandes patriarcas del pensamiento, la filosofía es arte, por cuyo medio buscan el bien ideal. Las revelaciones primitivas en lo que guardaban de su original pureza, luces vagas, aunque con la ejecutoria de su procesión divina, elementos dispersos, restos mutilados, pero valiosos, de los dogmas genesiácos, y la reminiscencia interior, les sirvieron de escala para subir á la contemplación de un Sér Supremo, cuya sola vislumbre les granjea el título de padres de la filosofía moral. Uno y otro, apoyados en la autoridad de las tradiciones, hablan de Diós uno, del alma inmortal, y de la vida futura; mas ellos, como los discípulos herederos de sus ideas, sin rumbo para convencer la verdadera naturaleza de las cosas, alzan sistemas y difunden doctrinas en que se promiscua lo cierto con lo absurdo, lo serio con lo vano, y la virtud con el delirio. Nada se funda por esta escuela, quedando sin resolver los grandes problemas que atañen al hombre.

Después de la afirmativa viene la escéptica. Su doctrina es la duda absoluta, la duda como objeto final de la filosofía, y no como diligencia pa-

ra obtener la verdad. Tan peregrino sistema, que seca los manantiales de toda concepción generosa, loco invento que ahoga el alma en el vacío, equivale esencialmente á la inmovilidad y embrutecimiento del espíritu, pues no vive quien no afirma. De aquí su fluctuación, de aquí su afán por métodos y principios que nacen hoy para acabar mañana; por lo cual, estéril en logros, pasa sin resultados. En la serie de los tiempos se resume en Cicerón, uno de sus más brillantes corifeos.

Por último la escuela negativa aparece sobre los escombros de la escéptica, sin otro diós que la materia, ni más culto que el placer. Ciega, intemperante, frenética. En su camino sólo hue llas de lodo contempla la historia, sacerdotes infames, y viles secretarios. Así viaja en la marea de las edades hasta verse personificada en el suicida Lucrecio. Para este filósofo, Diós es un mito, paradoja la eternidad, y perecedera el alma humana: sistema corruptor, en que, divinizadas las pasiones, el hombre va como llevado de la mano al pesebre, y las sociedades al abismo. Explica el Universo atribuyéndolo al acaso, é infiere de los males de esta vida, ó que el Sér llamado soberanamente bueno no es amigo de la virtud, ó su poder es limitado.

Con grandes rasgos tenéis diseñado el compendio de las ideas. Platón, Cicerón, Lucrecio: es decir, lo ideal, la parálisis, la muerte. ¡Y tres mil años invertidos en estas lucubraciones fantásticas! Porque al fin, ¿qué enseñó la filosofía al hombre sobre su origen, su naturaleza, sus deberes y destino? Tan sólo un pueblo conserva en la antigüedad las revelaciones primitivas, la verdad religiosa, el depósito de la tradición, la ley y su moral. Uno solo: el pueblo judío.

¿Os recordará la esclavitud, monstruosa institución, la suerte miserable del esclavo, que al modo de una inmensa lepra gangrenaba el organismo de la sociedad pagana? Respondan á una el anfiteatro, los circos y la naumaquia, degolladeros públicos de millones de hombres esclavizados por vencidos, y cuya muerte convertían en fiesta después de una vida sin ventura! Que hablen las termas, edificios encantadores de lascivia, y hasta el vivero de los peces, horrible y cruel refinamiento de los deleites de la gula! Qué digo? una sola plumada dirá la condición de siervos y cautivados, mayoría incontable del género humano, en aquella época de vergüenza y abominaciones: apuradas todas las afrontas, servían de blanco para probarse en sus cuerpos la destreza de los tiradores: *experimentum in anima vili*.

¿Os recordará el estado de la familia? Una palabra bastará al intento. La mujer, fundamento de la sociedad, ángel, esposa y madre, es considerada como símbolo de la naturaleza sensual. Rebaño vil en las cadenas del harem, ó objeto de escándalo en las vanidades del divorcio. La reina de la creación, mercancía, y el hogar, disolución. Con esto, y subido el mal á su apogeo, Jesucristo se presenta.

¿Cómo llega el deseado de cuarenta siglos? Su ascendencia es de reyes, y nace en un establo: Hijo del Altísimo, y no tiene donde reclinar su frente: Dios, y la pobreza y el dolor son su trono. He aquí al Cordero dominador.

Aparejados los caminos, é iniciada su vida pública, proclamó en sazón y por diferentes veces el dogma fecundo de la unidad de Dios. En Siquén, á orillas de la fuente de Jacob: en Galilea, cuando sus discípulos reciben la orden de enseñar á las gentes: por boca del amado apóstol, cuando éste enumera los testigos que en el cielo certifican que él es la verdad; y en la cumbre del Tabor, al ser envuelto por una nube luminosa. Esta revelación es principal, y anunciada por el Hombre-Dios, decisiva en obsequio de los pueblos. La unidad de Dios incluye necesariamente la unidad del género humano, y una y otra engendran los dogmas de igualdad, fraternidad, y libertad. Se deriva el primero de la naturaleza y común origen de todos los hombres: el segundo, su consecuencia, es lazo de unión entre hijos de un mismo padre; y apoya el tercero la existencia del alma inmortal. Por consiguiente, señores, de golpe, y á la luz de un solo dogma, vienen al suelo las castas privilegiadas, los hombres dioses, la metempsicosis absurda, y los holocaustos de sangre humana; y caen la nobleza por el nacimiento, la guerra como medio para alcanzar el poder, y la conquista que engrandece héroes y dilata fronteras sobre la tumba de las naciones. Con el advenimiento de la nueva doctrina acaba el prestigio de la fuerza y la espada hasta entonces omnipotente, semejante á un hilo de metal, comienza á derretirse en el fuego de la idea. Momento solemne para la historia! A la sola voz del hombre, nacido en un rincón de Palestina, vacila el orbe en sus cimientos, y la densa costra de sangre, púrpura que lo cubría, va cayendo como la corteza del árbol, para recibir otra capa, organismo futuro de su existencia. ¡Y este prodigio sin ejércitos, sin altivos cónsules, sin aliados, ni flotas poderosas! Un hombre, pero que es la RAZÓN:

una palabra, pero que es la SABIDURÍA: una luz, pero que es la VERDAD. En nombre de la razón integra la dignidad humana, y las tinieblas huyen: en nombre de la sabiduría espiritualiza al hombre, y la libertad renace: en nombre de la verdad condena á los tiranos, y el pueblo yergue la frente. ¿Quién será capaz de contener las abrasadoras llamas de este incendio bajado del cielo para consumir las divinidades del Olimpo que pervierten, la idolatría de los hombres que envilece, la servidumbre de las naciones que amancilla, y el culto vergonzoso de la fuerza en todas sus manifestaciones de altivez? Y no es todo. El divino apostolado apenas comienza; pudiendo decirse, que cada día fué para él una enseñanza, cada hora un progreso, cada instante una emancipación.

¿Fué Jesucristo un revolucionario? Puesto aparte el sentido histórico de esta palabra, en el lenguaje actual de la política la *Revolución expresa la insurrección contra un hecho, y la proclamación de un derecho nuevo*. Así todo proceso revolucionario implica de un lado opresión, y de otro, queja: movimientos sigilosos para unos, taladro lento, concierto de planes, tempestad de iras, y explosión universal; como en la opuesta línea, barreras de amparo, preparativos de lucha, y obstinada resistencia. Va en el campo los contrarios, el que vence, decide, la victoria le corona. La fuerza, pues, conquista el derecho. He aquí el círculo de las revoluciones humanas: sangre y destrucción para cimentar la paz y el progreso. Pero Jesucristo á nadie condena, ignora las asechanzas, acata la autoridad, y desprecia la fuerza. Jesucristo por consiguiente no es un revolucionario: Jesucristo es un Reformador. Por eso no deroga la ley, sino que la cumple; simboliza el nuevo derecho, y respeta el antiguo; es la única soberana realidad, y obedece al código de Moisés. La sabiduría dirige sus pasos, y adorando sus designios, enseña, y no violenta: persuade, y no corrompe; arranca, y no destruye; redime, y no mata. Aplica la segur al viejo tronco, pero simultáneamente y con divina providencia, asombra la almáciga del nuevo plantío que en lo futuro ha de reemplazar al leño sin savia y á la rama infecunda. De aquí que haga saltar agua viva al borde de la cisterna y levante el sol de libertad, de amor y de esperanza en medio de esa noche pavorosa que cuenta siglos de postración para el género humano.

Admirable proceder, señores, porque allí donde está el mal avercinda el remedio; y desechando el sacudimiento ó la conmoción aventurada, libra sobre la sabiduría de su doctrina y la acción del tiempo la final redención de los pueblos.

Todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, dice, hacedlo también vosotros con ellos, porque esta es la ley y los profetas. Así funda la caridad y el amor del prójimo en el interés recíproco de los hombres; como que no existe incentivo mayor para el corazón humano, que la tranquilidad de sus goces legítimos en la justicia del merecimiento. Así funda la paz sin sangre, sin escombros, sin afrontas. "*Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.*" Así funda la confraternidad universal, así echa el cimiento de la alianza entre las naciones, y aplanando la superficie de la tierra, construye el magnífico templo de la concordia humana.

"*Sabéis que los príncipes de las gentes avasallan á sus pueblos, y que los que son mayores ejercen potestad sobre ellos. No será así entre vosotros, todo el que quiera ser mayor, sea vuestro criado, y el que quiera ser primero, sea vuestro siervo.* Así funda la responsabilidad de los gobiernos, que si ocupan solio es para distribuir justicia, y si ejercen mando es para afianzar derechos. Así establece que la dominación sin freno es inicua, porque toda potestad declara honrosa servidumbre, y toda primacía obligaciones sagradas. Preguntado si es lícito dar tributo al César, examina la moneda del tributo, y dice: "*Pagad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.*" Así canoniza el respeto que se debe al representante de la autoridad suprema, instituyendo por consecuencia el dogma de la soberanía nacional; y esto último, señores, porque el pueblo es anterior á toda autoridad política, como toda autoridad política es delegación del pueblo. Los reyes al interpretar estas palabras aplicándolas á su persona, han falsgado el verdadero sentido del Evangelio. Y es el momento de señalarlo. El Emperador Tiberio, cuya efigie motivó la lección de Jesús, no fué en aquella hora sino un accidente local, un personaje en la historia, y si queréis, un espectro en el drama; pero su persona y diadema jamás pudieron ser un principio y menos una institución. Para el que hablaba, la suerte de aquel César no era desconocida; pues que en Tiberio veía á Augústulo con la misma prescencia que mira el esplendor junto á la muerte. No. Los reyes han mentido. Jesús no los prefiere. Su palabra no es para un día

ni tiene límites que la encierren. Sus enseñanzas son para las edades, sin otros aledaños que la eternidad, y sólo el pueblo es universal y su existencia necesaria. Reyes! vosotros no sois. El César de ayer, el moderno, el de los siglos, es el Pueblo. Y aprovechando congruencia tan oportuna, asignaré en este lugar un pensamiento que fluye como efecto de la materia. Para el catolicismo todas las formas de gobierno son iguales; y así vive al lado del trono monárquico como en el centro de los comicios republicanos. Elevado por encima de todas las formas inventadas, los que le suponen banderizo de los cetros, yerran; y los que le consideran hostil á las democracias, le calumnian. Asistido por su divino fundador, y poderoso por su virtud intrínseca, no necesita para vivir el apoyo de la autoridad, ni es incompatible con ninguna. La corona no le da, ni la libertad lo ahoga; y siendo la única religión verdadera, será siempre la base moral y el regulador supremo de las instituciones y los gobiernos. Condénanse también en la doctrina referente al tributo las sediciones insensatas, el conciliábulo que atenta, la minoría que asecha, y el motín que usurpa; avigorando en la misma proporción los resortes del poder público en los comisarios de elección nacional.

En la granja llamada Gethsemaní, cuando Pedro hiera á un siervo del Pontífice, le dice: "*Vuelve tu espada, á su lugar; porque todos los que tomaren espada á espada morirán.*" He aquí como, tratándose del poder legal, destierra toda idea de violencia; para revelar lo incontrastable de la conciencia, cuando, ayudada de la justicia, reclama con energía de los ultrajes contra sus fueros, sin quebrantar los miramientos del decoro. Así funda el derecho internacional sobre el eterno pedestal de la equidad y la razón, númenes tutelares de los Estados.

Santifica el amor á la Patria cuando llora en las cercanías de Jerusalén al recuerdo de los malos días que la amenazan, para expiación de sus delitos. Y obrando un milagro en favor de la Cananea, que desde los términos de Tiro y de Sidón, le sigue y ruega: perdonando á la adúltera á quien ninguno de los testigos osó arrojar la primera piedra; y aplaudiendo que la pecadora Magdalena ungiere sus pies con oloroso bálsamo, funda el dogma de la soberanía universal. ¿Qué falta, señores, para concluir que el catolicismo engendrado por el Evangelio, es la religión que conviene á los oprimidos de la tierra? Citadme, si podeis, un dolor que él no consuele, ó un derecho que no resguarde, ó una esperanza que no alimente! Decidme si en su presencia el rey no es igual al súbdito, el rico al pobre, el sabio al ignorante, y el esclavo á su señor!

¿Queréis el resumen de todo el Evangelio, y el compendio sublime de su divina moral? Prostrernado vive el mundo á los pies del oro, y toda rodilla (por decir lo menos) se dobla ante el becerro de la riqueza estúpida; y Jesús nos dice: *Bienaventurados los pobres.* Con los cien ecos de la fama vuelan por el mundo las proezas de la violencia; y Jesús nos dice: *Bienaventurados los mansos.* El lujo es para el mundo ídolo de vanagloria, altar de reverencia los placeres, y el orgullo librea de ostentación; y Jesús nos dice: *Bienaventurados los que lloran.* No interroga el mundo á la ambición, ni sus caminos; celebra la púrpura que deslumbra; suena sus cítaras y canta sus canciones al éxito afortunado; y Jesús nos dice: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.* El mundo incensa, y únicamente admira, al poder rumboso, al sol en el zenit, á los grandes que premian la lisonja, y las dádivas que voces el clamor público; y Jesús nos dice: *Bienaventurados los misericordiosos.*

El mundo vitorea las torpezas de la carne, sin recordar que al lado de la virgen seducida existen canas, canas benditas, vilipendiadas con ardid villano, y que hay una madre que llora, y no quiere ser consolada; y Jesús nos dice: *Bienaventurados los limpios de corazón.* Gengiskhan, Tamerlan, Alejandro, César, Mahomet II, Pizarro, salteadores famosos, azote de los pueblos, pero á quienes el mundo ensalza por la grandeza de sus conquistas; oíd que Jesús nos dice: *Bienaventurados los pacíficos.* El mundo erige tronos á la venganza; y guarda silencio si la hora del infortunio puede interrumpir sus regocijos; y tasca el freno si el pesar lo visita; y su fe vacila, y su valor decae ante el fuego recio que penetra las entrañas, porque desprecia lo augusto del sacrificio en la paz de la resignación; y Jesús nos dice: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.* Ya lo veis, señores. La obra de Jesús es perfecta. *El Evangelio es anunciado á los pobres,* y cuanto habla perecido está salvado. Suprimid en idea el catolicismo, y faltará su centro á la conciencia humana: derogad del mismo modo el Evangelio, y habréis suprimido al pueblo. Vosotros lo sabéis. Antes de Jesucristo el género humano eran multitudes: Jesucristo ha transformado las multitudes en pueblo. El pueblo es creación de Jesucristo. La sociedad, el gobierno, las naciones,



ANTIGUA IGLESIA DE LA TRINIDAD

todo es pueblo por su doctrina. *Id y enseñad á todas las gentes,* dice á sus enviados. Aquí no hay distinción, el nivel es perfecto, la igualdad absoluta. Y lo que es más, como para asegurar mejor el resultado de la feliz nueva, añade: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.*

El pueblo evangelizado, y consiguientemente redimido, es el pueblo soberano, libre, dueño de su voluntad é inteligencia, y árbitro de su destino; y como la Democracia es la soberanía popular en acción, elegir es condición radical de su existencia, y gobernar, atributo immanente de su poder. Por lo tanto, señores, la Democracia vincula la vida política de los pueblos, pues que sólo en su seno la igualdad nivela, la fraternidad une, y la libertad emancipa, y si estas verdades son revelaciones del cristianismo, si de él emanar, la Democracia tiene por basa sus doctrinas, y como horizonte de su imperio, la emancipación de las naciones al abrigo de su bandera.

El orden político, y el orden civil, uno: el hombre y el ciudadano, uno: la sociedad y el gobierno, también uno. He aquí la Democracia en su mayor expansión. La unidad en el progreso, la unidad en la conciencia, la unidad en la paz. Y todo ello, fruto del cristianismo que alumbró; y todo ello, bajo la autoridad del catolicismo que enseña.

Señores! Los que pretenden desterrar el catolicismo conspiran. Yo los denuncio á los que sufren, á los pobres, á todos los oprimidos de la tierra. Los denuncio á la conciencia del género humano.

Afortunadamente para Venezuela este peligro no existe. Aquí el hogar es templo, y el templo mansión, y el Cristo fe; y respecto á la Democracia es atmósfera de nuestra vida, ínsita al pueblo, y asegurada para siempre en el libro inmortal de nuestras glorias. Ya en este punto, señores, y aunque tema enfadaros, os suplico una posa, para cumplir un deber que á grifo herido me reclama el corazón. La constitución de 1864 no puede celebrarse, sin memorar el nombre de su autor principal. Ha muerto; y ésta la primera ocasión en que rindo tributo de alabanza al tesoro de sus prendas.

Poseído de respeto, me inclino ante el sepulcro de JOSÉ VÍCTOR ARIZA.

Apóstol, legislador y estadista, cifre la triple corona de la idea, de las instituciones y de la ciencia. Era un alma en perenne movimiento, que iba y venía por los espacios de la política como quien lleva luz de acierto, y modelaba sus principios salvadores como quien distribuye pan de vida. Semejante su espíritu á un foco luminoso, derramaba claridades, y como el águila, su pensamiento jamás anidó sino en las cumbres. Soñador sublime de la República, y al sol de la victoria que ilustrará siempre sus anales, interpretando el sentimiento nacional, traza con mano generosa nues-

tro título de garantías, baluarte del derecho eterno, sombra del principio sagrado, y timbre de gloria para la Federación. Un Magistrado magno, héroe nacido para la epopeya y los encomios de la gratitud, lo sanciona; mereciendo ambos de este modo aplauso de honra entre los coetáneos y asiento de brillo en la historia.

Bendigo esta tribuna, señores, porque me permite glorificar á un repúblico eminente; y Ariza es digno de la Academia, porque viene á ella con los resplandores de un libro en que palpita el alma de un pueblo. Allí está él, consustancialmente unido al pacto de 64, en cuyas páginas se siente el soplo de su espíritu; y allí vivirá, con la perpetuidad del astro, en el firmamento de nuestros hechos, hasta que se aice el Panteón de nuestros grandes hombres, que le reciba en su seno, y le corone en sus altares. Para ese día, la justicia postuma, gozando los frutos de la constitución federal, podrá escribir al pie de su estatua, como Horacio al frente de sus obras: *Exegi monumentum.*

Lo que acabo de hablar, señores, no es una digresión. El hilo del discurso no se ha roto. La remembranza de un hombre que es pensamiento y luz, viene como el esmalte en la obra, que, si demanda recuerdos personales, siendo armoniosos sus colores, conserva la unidad.

Yo necesitaba de esta auréola para el presente discurso, y ya que ha venido á mis manos consagrada por la muerte, no seré osado á retenerla, y como glorificación de justicia, la deposito sobre su tumba.

La Democracia, señores, aspiración necesaria de los pueblos, es un hecho providencial en las sendas del progreso; representa para ellos su redención política, como fué la cruz su redención moral. La Democracia es un bautismo de agua y sangre para todos los incircuncisos de la tierra que quieran Patria, escuelas de instrucción, sufragio libre, y soberanía popular. Por la Democracia sube el pueblo á la tiara, viste toga, alza el coturno, sanciona leyes, trepa á la tribuna, dirige el gobierno, agita el taller, surca el mar, oscurece el monte, medita el libro, y apacienta sus rebaños. Y allá nos dirigimos; porque en el remate del camino, no ya para la América, sino para el mundo, debemos encontrar, que por la Democracia la virtud es principio, la ley escrita tradición, la mayoría derecho, la libertad orden, el orden basa de libertad, el gobierno familia, y la familia bendición. Entonces veremos cumplida la palabra de la Escritura, de que está en reposo la tierra, porque ve con placer su dominación y su gloria.

Así cultiva el hombre su heredad en paz: se cargan de fruto los árboles del campo: sentados los ancianos en las plazas platican sobre el bien; y cada uno contento reposa á la sombra de su vid, y bajo el follaje de su higuera.



UNA PARTIDA DE WHIST—por Conrad Beckmann

AL DR. G. KNOCHE,

con motivo de haberse ausentado inopinadamente para su posesión agrícola de Cariaco, durante una enfermedad en que me estaba asistiendo.

Ya que usted, mi buen amigo se despidió á la francesa, sufra si al campo lo sigo y en verso ramplón le digo, —«Señor, ¿qué partida es ésa?»—

¿*Quid faciendum*? Imagino que en mal tan crudo y felino bien puedo pedir socorro, y pues yo me sé el camino por eso á implorarle corro.

Ya mi paciencia rechina de tanto esperar, Doctor. ¿*Cuosque tandem, Catilina?* ¿acaba esta medicina ó me acaba el mal humor.

Pido en nombre de Galeno ó de Hipócrates el sabio, De Atila ó Cantacuceno, me ponga usted bueno bueno, porque si nó rabio, rabio.

Tres cataplasmas al día son terrible penitencia, que al mismo demonio haría darse al diablo [¡ave María!], sin la menor resistencia.

Ya el enfermo está cansado de tomar tanto melado y de usar el corbatín; el dulce lo ha fastidiado, que todo fastidia al fin.

Y en tanto que yo, simplón, juro á pateta y perjuro, y estoy hecho un escorpión contra el perverso y felón causante ruin de mi apuro;

estoy cierto que á la sombra de algún frondoso aguacate y sin colchones ni alfombra [que en el campo no se nombra sino cobija ó petate];

se halla usted gozando el fresco puro que mi pecho ansía, sobre el pico gigantesco de ese monte pintoresco donde la papa se cría.

Doctor, ¡quién volar pudiera como un liviano zamuro cuando medido en la esfera se engríe y vá dondequiera, de su libertad seguro!

Entonces yo ¡cosa buena! terminada mi faena, como ese vil pajarraco me iría á olvidar mi pena en los montes de Cariaco.

¡Qué hermoso es ver de la altura tendido, espacioso el mar, como un lienzo de pintura que en vano el ojo procura lleno de luz abarcar!

O admirar de nubes densas los multiformes caprichos, que en oleadas inmensas figuran torres y prensas, diablos, mujeres y bichos,

¡Con qué gusto verdadero se vé el pueblo chapucero allá á los piés desde lo alto! ¡Si parece que es un salto! para cualquier maromero.

¡Ay, si pudiera!.....mas qué! no adelanto nada, á fe, por más que grite hecho un gallo. Hagamos el viaje á pié, y aun es mejor á caballo.

¿A caballo? ni á camello, ni en *cananea* ó *caburro*: no fuera corto el resuello: mal y muy mal que anda *aquello*, y bien, muy bien que me aburro.

No es caso de pedir peras al olmo ni al tamarindo. Renuncio á tales quimeras: yo soy muy tosco en las veras aunque en mi nombre hay de *lindo*.

Dejemos las tonterías para más serenos días, pues en mi actual situación ni el profeta Jeremías me tose; y punto y chitón.

Clavado aquí me he de estar sin poderlo remediar, hecho botalón de esquina donde un asno se reclina cuando se quiere rascar.

Gócese usted con delicia en ese campo y su grey, que aura de hospital no vicia; pero en razón y en justicia, *Doctor, miserere mei*.

Mande, Señor, si le peta que suspenda su receta pues tanto me mortifica: mire que el fastidio aprieta: mande parar la *mu-sica*.

Pero si usted poco asunto presta á mi mal desde allá, no se hable más del ditunto: venga otra receta al punto..... y el parrandón seguirá.

La Guaira.

E. Rivodó.



BOSQUE DE "MACUTO" — Barquisimeto (Venezuela)

EL EXPÓSITO

Artículo del Doctor Don Eduardo Calcaño del 2 de Abril de 1881

Fué el último martes.

A la madrugada apareció en un albañal de esta ciudad un niño recién nacido.

Blanco, rosado, desnudo, con el cordón umbilical intacto, en continuo vagido, rodeado de perros. El frío era intenso.

Los perros lo respetaron más que su madre.

La madre lo entregó á la muerte. Los perros parece que custodiaban su vida.

¡ Qué madre ! ¡ qué perros !

El ASILO DE HUÉRFANOS, que tiene otras intenciones respecto á los niños, lo recoge en su seno, lo viste, le da alimento, muchas madres que lo acarician, que le cantan, que lo mecen, que lo duermen ; muchos padres que están pensando ya en el porvenir de la criatura—mucho silencio para no interrumpir su sueño—muchos cuidados para conservar la vida.

¡ Qué institución !

Madre !.....no, tú no fuiste. Te lo arrancaron de los brazos ¿ no es verdad ? Tú resististe, lloraste, gritaste con todas tus fuerzas, pediste tu hijo en nombre de Dios, en nombre de la naturaleza, en nombre de la Virgen Santísima ; te torcías los brazos de dolor y desesperación ; lo reclamaste primero con energía—después con indignación—y por último, quebrantada ya tus fuerzas, domada tu altivez, lo pediste como limosna, lo invocaste como generosidad, y te arrodillaste trémula en tu lecho para implorar esa be-

neficia de tus verdugos y de los verdugos de tu hijo ; ¿ no es verdad que todo ha sido así ? ¿ no es cierto que eso es lo que ha pasado ?

¿ Y cómo iba á ser de otro modo ?

El hijo de tus entrañas, alimentado allí tanto tiempo, parte de tu propia vida, de tu misma organización ; que te había acostumbrado á sus palpitaciones y á sus movimientos dentro de tu seno—el que era símbolo del amor con que lo concebiste—el que te había hecho soñar con él como una esperanza—el que debía tener en sus facciones la semejanza del hombre que resumía para tí todo el universo, del sér que te hizo olvidar..... que te hizo olvidarlo todo : la criatura á quien esperan los irracionales á las puertas de la vida—todos, hasta la pantera—para abrirla con su calor, llenarla de agasajos con todo su cariño, tenerla como objeto único ya de todos sus actos, de todos sus trabajos, de toda su existencia..... ¿ cómo podía ser—sino por cualquiera otro que no fueras tú—maldecida en el primer día de su vida, entregada al espasmo, á la voracidad de los perros, á la muerte solitaria, lenta, tenebrosa, fática ?

Quien no mata los hijos de otro ¿ cómo puede concebir que vayas tú á matar el tuyo propio ?

Yo interrogo á la naturaleza, interrogo al instinto, interrogo á la razón, al sentimiento, á las aves del aire, á las fieras de las selvas, al salvaje de los bosques—interrogo á los hombres, interrogo á los ángeles, interrogo á Dios—para saber qué es lo que pesa más que un hijo en la balanza del corazón de la madre ; nadie sabe darme una respuesta.

—La honra !

—Cállate, Satanás. ¿ Qué sabes tú de honra ?

La honra estaba en no tenerlo, primero ; y después, en tenerlo—amándolo, acariciándolo, apretándolo contra el seno conmovido, y derramando lágrimas de ternura, de piedad y de reconocimiento sobre su dulce rostro de ángel.

El hijo es el sueño ideal de la mujer. Todas sus ambiciones—las de su corazón como las de su vanidad—se dibujan para ella en el rosado horizonte de la esperanza, bajo la forma de un querubín radiante, que ella imagina ser el esperado hijo de sus entrañas. Desde su propia infancia sale á buscarlo por el mundo como la estrella polar de su existencia, puesto que, cuando no tiene derecho á esperarlo todavía, se lo finge candorosamente en los fútiles objetos de su juego inocente, y mece sus ilusiones, y las abriga, y las pasea triunfante por los rincones del hogar, haciéndose una gloria de la protección que dispensa, y simulando la gravedad de sus providenciales deberes. La mujer es madre desde que nace : madre en el afecto, madre en la esperanza, madre en la ternura, madre en la misericordia del sentimiento hasta por los objetos inanimados.

¿ Y va una madre, Satanás, á encontrar la honra en la muerte de su hijo ?

¿ Si aun creando la perdí, la ganará destruyendo ?

¿ Por qué no le dijiste esa palabra en aquel momento, cuando hubiera sido salvadora ; y se la pones ahora en el oído, cuando es insidiosa, perversa y asesina ?

A Jesús lo tentaste con la palabra de Dios. Ahora tientes á la mujer con la palabra de los hombres.

Yo nadie te cree. Vuélvete á tu sombra.

No, madre del niño. No hay en el universo quien pueda creer que tú lo sacrificaste.

..... Y si después de todo esto, hubieras sido tú realmente ¿quién se atrevería á asomarse al abismo tenebroso de tu conciencia? ¿Dónde vas á huir de ti misma?

EDUARDO CALCAÑO.

2 de abril de 1881

PIERROT

La señora Lefèvre era una señora de pueblo, una viuda, una de esas semialdeanas con cintajos y sombreretes, una de esas personas que habían á chillidos, aparentan en público medales grandiosos y ocultan un alma de bruto con pretensiones entre exterioridades cómicas y pintureras, lo mismo que disimulan sus amorcilladas manos rojas con guantes de seda cruda.

Tenía por sirvienta á una honrada campesina sencillota, llamada Rosa.

Ambas mujeres habitaban en una casita con persianas verdes á lo largo de un camino, en Normandía, en el centro del país de Caux.

Como delante de la casa tenían un jardinito, cultivaban algunas hortalizas.

Pues bien, una noche les robaron una docena de cebollas.

En cuanto Rosa notó el hurto, corrió á decirselo á la señora, quien bajó en refajo. Aquello fue un desconsuelo, un horror. ¡Habían robado, y robado á la señora Lefèvre! De modo que habiendo ladrones en la comarca podían volver.

Y desfavoridas las dos mujeres, contemplaban las huellas de los pasos, charlaban, suponían cosas como estas: «Calla, por aquí pasaron. Pusieron los pies sobre la tapia: de allí saltaron.»

Y les amedrentaba lo porvenir. ¡Cómo dormían tranquilas en adelante!

Disfundióse el rumor del robo. Llegaron los vecinos, comprobaron el hecho, discutieron á su vez; y las dos mujeres explicaban á cada recién llegado sus observaciones y sus ideas.

Un arrendatario de al lado las dió este consejo: «Debieran ustedes tener un perro»

Eso era verdad; debían tener perro, aunque no fuese para dar la alarma. Pero nada de perros grandes, señor. ¿Qué iban á hacer con un perro? ¡Las arruinaría en comida! Pero un can pequeño (en Normandía pronuncian *quen*), un *chisgarabís* de *quen* pequeño que ladre, eso ya es harina de otro costal.

En cuanto se fué todo el mundo la señora Lefèvre discutió largo tiempo aquella idea del perro. Después de reflexionar y de mil objeciones, quedábase aterrada por la imagen de un cuenco lleno de pitanza; porque pertenecía á su raza cicatera de señoras de pueblo que siempre llevan centimitos sueltos en el bolsillo para dar limosna ostentablemente á los pobres de los caminos y echar en el cepillo durante el petitorio de la misa los dominicos.

Rosa, á quien gustaban los animales, dió sus razones y las defendió con astucia. Así, pues, quedó resuelto que tendrían perro, pero un perrito muy chiquirritín.

Fusiéronse á buscarlo, pero no se encontraban sino perros grandes, de esos que engullen una barbaridad de sopa que mete miedo. El tendero de comestibles de Rolleville tenía uno, y era pequeño; pero exigía que le pagasen dos francos, para cubrir gastos de crianza. La señora Lefèvre declaró que quería mantener un *quen*, pero no comprarlo.

Pues bien; el panadero, que sabía los sucesos acaecidos, trajo una mañana en su carrito un extraño animalejo, todo amarillo, sin patas casi, con un cuerpo de cocodrilo, una cabeza de zorra y una cola en forma de trompeta, un verdadero penacho, tan grande como el resto del individuo. Un cliente quería deshacerse de él. La señora Lefèvre encontró muy bonito ese inmundito gozquecillo, que no le costaba un cuarto. Rosa le besó, y preguntó después cómo se llamaba. Y respondió el panadero: «Pierrot.»

Quedó instalado en una antigua caja de jabón. Ante todo le ofrecieron agua para que bebiese: bebió. En seguida le presentaron un cuscurrito de pan; comió. Intranquila con esto la señora Lefèvre, ocurriósele una idea: «Cuando se acostumbre bien á la casa, le daremos suelta; encontrará que comer rondando por la comarca.»

En efecto, dejáronle libre; lo cual no impidió que estuviese hambriento. Además no ladraba sino para reclamar su pitanza; pero, en este caso, ladraba desesperado.

Todo el mundo podía entrar en el jardín. Pierrot se presentaba á hacer fiestas á cada recién venido, pero permanecía mudo por completo.



EL EXPÓSITO

encontrado por el Dr. Agustín Avelado en las puertas de su casa y bautizado con el nombre de Simón Vicente de Paúl

Sin embargo, la señora Lefèvre se había acostumbrado á aquel animalito. Llegó hasta á quererle y darle de vez en cuando por su mano bocadillos de pan untados en la salsa de su gusado.

Pero ni se le ocurrió pensar en el impuesto, y cuando le pidieron ocho francos (ocho francos, señora!) por ese busquillo de *quen* que ni siquiera ladraba, á poco se desmayó del pasmo.

Mediatamente se decidió que había que deshacerse de Pierrot. Nadie lo quiso. En diez leguas á la redonda, lo rechazaron todos los habitantes. Entonces, á falta de otro recurso, quedó resuelto que se le haría «morder arcilla.»

«Morder arcilla» es lo mismo que «comer greda.» Se hace morder arcilla á todos los perros á los cuales se abandona.

En medio de una vasta llanura hay una especie de choza, ó más bien un tejadillo de bálago puesto sobre el suelo; es la entrada de la marguera. Un gran pozo vertical penetra hasta veinte metros por bajo de tierra, y de él arranca una serie de largas galerías de mina.

A esa cantera se descende una vez al año, por la época en que se echa arcilla en las tierras. Todo el resto del tiempo sirve de cementerio á los perros condenados al abandono; y á menudo, cuando se pasa por junto á la bocamina, suben desde el fondo quejumbrosos aullidos, ladridos furibundos ó desesperados, lamentos que piden socorro.

Los perros de los cazadores y de los pastores huyen despavoridos de la proximidad de aquel gemebundo agujero; y al inclinarse por encima de él, sale de allí un apostósimo hedor de podredumbre.

Horribles dramas desarrolláanse allí entre tinieblas.

Cuando un animal agoniza, después de llevar diez ó doce días en el fondo alimentándose con los inmundos restos de sus predecesores, precipitan de pronto un nuevo animal, más grande ó más vigoroso de seguro. Allí están, solos, hambrientos, con los ojos brillantes. Se espían, se siguen y vacilan ansiosos. Pero aprémiales el hambre; se atacan, luchan encarnizados mucho tiempo; y el más fuerte se come al más débil, lo devora vivo.

Cuando se decidió que Pierrot iría á «morder arcilla», diéronse á buscar un ejecutor de la sentencia. El caminero que rastrillaba la carretera pidió diez sueldos por la caminata. Esto le pareció fabulosamente caro á la señora Lefèvre. Un vecino galopo se contentaba con cinco sueldos; aún era esto mucho.

Y habiendo hecho observar Rosa que era preferible llevarlo ellas mismas, pues así no sería maltratado en el camino ni advertido de su suerte, concertaron ir ambas al anochecer.

Aquella tarde le dieron un sopa buena, con un dedito de manteca. Se la tragó hasta la última gota; y como meneaba de gusto la cola, lo envolvió Rosa en su delantal.

Iban á través de la llanura á paso largo, como merodeadoras. Bien pronto vieron la marguera y llegaron. La señora Lefèvre se inclinó para escuchar si gemía algún animalito. No; no había ninguno; Pierrot estaría solo. Entonces Rosa le besó llorando, luego lo lanzó por el agujero, y se asomaron ambas con el oído avisador.

Primero oyeron un ruido sordo; después la queja aguda y desgarradora de un animal herido; luego una serie de gritos de dolor, y al fin desesperados llamamientos, súplicas de perro que imploraba, levantando la cabeza hacia la abertura del pozo.

—¡Oh, ladraba! ¡Cómo ladraba!

Apoderáronse de ellas el remordimiento, el espanto, un miedo loco é inexplicable, y echaron á correr huyendo. Y como Rosa iba más de prisa, la señora Lefèvre gritaba:

—¡Espérame, Rosa, espérame!

Aquella noche tuvieron horribles pesadillas.

La señora Lefèvre soñó que se sentaba á la mesa para comer la sopa; y al destapar la sopera, Pierrot estaba dentro. Daba un salto y la mordía en la nariz.

Despertóse y creyó oírle todavía ladrar. Escuchó: se había engañado.

Durmióse de nuevo y se encontró en una gran carretera, un camino interminable por donde iba ella. De repente vió en el camino una cesta grande, de arrendatario; y aquel cestón le dió miedo.

Sin embargo, acabó por abrirle; y Pierrot, que estaba agazapado dentro, la cogió la mano y no la soltaba; y ella echó á correr enloquecida, llevando así suspenso del extremo del brazo al perro, con las mandíbulas cerradas haciendo presa.

Al amanecer se levantó como loca, y corrió á la marguera.

¡Ladraba, aún ladraba, había ladrado toda la noche!

Se puso á sollozar y á llamarle con muchas palabras cariñosas. Respondió con todas las más tiernas inflexiones de su voz de perro.

Entonces ella quiso volver á verlo, prometiéndose hacerlo feliz hasta la muerte.

Corrió á casa del pocero encargado de extraer la greda, y le refirió el caso. El hombre escuchaba sin decir nada. Cuando acabó de hablar, la dijo:

—¿Quiere usted su *quen*? Pues déme usted cuatro francos.

Sintió ella un sobresalto y todo su dolor disiparse al momento.

—¡Cuatro francos! ¡Es cosa de morirse! ¡Cuatro francos!

Y respondió él:

—¿Cree usted que voy á llevar las cuerdas y el torno de manubrio, y montar todo eso, y marcharme allá abajo con mi chico y hacer que me muerda su maldito *quen*, sólo por el gusto de devolvérselo á usted? ¡No haberlo tirado!

Marchóse ella indignada: «¡Vaya!.....! Cuatro francos!»

En seguida que regresó á casa, llamó á Rosa y la dijo las pretensiones del pocero. Rosa, resignada siempre, repetía:

—¡Cuatro francos! ¡Eso es mucho dinero, señora!

Después añadió:

—¡Si echásemos de comer á ese pobre *quen*, para que no se muera así!

La señora Lefèvre lo aprobó gozosa; y al punto partieron, llevando un zoquete de pan y manteca.

Cortáronlo á bocados y los tiraron uno tras otro, hablando por turno á Pierrot. Así que el perro concluía con un pedazo, ladraba para reclamar el siguiente.

Volvieron por la tarde, luego al otro día después, y por fin todos los días; pero ya no hacían más que un viaje diario.

Pues bien, una mañana, en el momento de dejar caer el primer bocado, oyeron de pronto un ladrado formidable dentro del pozo. ¡Eran dos! Habían precipitado otro perro, ¡un perrazo muy grande!

Rosa gritó: «¡Pierrot!» Y Pierrot ladró, ladró. Entonces se pusieron á echarle el alimento; pero cada vez notaban perfectamente un empellón terrible y luego quejidos lastimeros de Pierrot mordido por su compañero, quien todo se lo comía por ser él más fuerte.

Cuidaban ellas mucho de especificar:

—¡Esto es para tí, Pierrot!

Pero era evidente que á Pierrot no le tocaba nada.

Las dos mujeres mirábanse desconcertadas. Y la señora Lefèvre pronunció estas palabras con acritud:

—Pues yo no puedo mantener á todos los perros que tiren allá dentro. Hay que renunciar á ello.

Y sofocada por la idea de todos esos perros viviendo á sus expensas, marchóse de allí, no sin llevarse consigo el resto del pan, comiéndoselo mientras andaba.

Rosa la siguió, enjugándose los ojos con la punta de su delantal azul.

G. DE MAUPASSANT.

FABRICIO CONDE

Publicamos hoy el retrato del señor FABRICIO CONDE, llamado poco há por el Jefe del Poder Ejecutivo para desempeñar la Cartera de Hacienda.

Corta es la biografía del señor CONDE, pero rica su vida, como que toda ella ha sido consagrada al trabajo que honra y dignifica.

Nació FABRICIO CONDE en esta ciudad el 7 de julio de 1861. Fueron sus padres el finado General Fabricio Conde, y la señora Mercedes Flores de Conde. Su infancia corrió feliz hasta la edad de 14 años, cuando la casi súbita muerte de su noble y generoso padre dejó á la familia Conde sin bienes de fortuna y sumida en el dolor.

Entonces comenzó la lucha sin tregua de la pobre viuda, quien con sus manos ocupadas de día y de noche en varias suertes de labor, supo con inteligencia y constancia sin par, conseguir á diario el alimento de sus hijos y llenar cumplidamente todas las necesidades del hogar. Entonces también comenzó FABRICIO CONDE á batallar al lado de la santa madre por el bienestar de su familia, y á conocer por propia experiencia cuán dura es la vida y sus combates. En medio á estas faenas, CONDE proseguía sus estudios, y á la edad de 18 años comenzó su carrera comercial en el Banco de Caracas donde entró de *meritorio*.

Su contracción al trabajo y su clara inteligencia para el arte de los números, le merecieron la atención de sus jefes, quienes grado á grado, otorgáronle sucesivos ascensos, hasta que hace poco tiempo fué elegido por unanimidad Secretario del Banco de Venezuela.

Sabedor el público y el Gobierno de las excelencias de FABRICIO CONDE, en cuanto al manejo de la Hacienda se refiere, susurrábase de meses atrás en todos los círculos, que sería él el elegido para desempeñar el puesto que hoy ocupa con beneplácito de propios y de extraños.

Y si bien nuestra amistad con el señor CONDE parece vedarnos el que hagamos justo elogio de sus cualidades y talentos, no puede nunca despojársenos del derecho de proclamar con verdad y con justicia que es él acreedor como el que más, así por su sólida instrucción rentística, como por su honradez siempre probada, al honor que le ha dispensado el Jefe del Poder Ejecutivo. En tal puesto, no dudamos que el nuevo ministro, por sus luces é integridad de carácter, sabrá hacerse digno de la pública confianza, merecer bien de la patria, y dar mayor brillo al nombre de sus progenitores.

Sea el recuerdo de las acciones y conducta de sus antepasados la luz que guíe siempre al amigo en todos los actos del ministro; viva alerta, porque el país entero tiene la vista fija en él; y junto con nuestra sincera felicitación reciba la seguridad de que sus amigos le auguramos desde ahora triunfo completo y noble y merecida gloria.



SR. FABRICIO CONDE
Ministro de Hacienda

NUESTROS GRABADOS

Doctor Luis Sanojo

El nombre del Dr. SANOJO suena á los oídos patriotas con timbre de fuerza inmaculada. Sabio legista, codificador, eximio como ciudadano, padre de familia honorabilísimo, el recuerdo de sus virtudes servirá de ejemplo y guía para aquellos que anhelen bajar á la tumba honrados por todos, por todos bendecidos.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia los apuntes biográficos que acerca del Dr. SANOJO ha escrito el ilustrado Dr. Nicomedes Zuloaga, digno por sus talentos y carácter de biografiar al ilustre comentador de nuestro Código Civil.

Dr. Ildefonso Riera Aguinagalde

Doble presea para EL COJO ILUSTRADO. Una, la publicación del retrato y discurso inédito del célebre literato y orador RIERA AGUINAGALDE; otra, el precioso artículo que con motivo de esta publicación que hacemos nos obsequia hoy un distinguido amigo nuestro que lleva muy en alto en Venezuela el pendón de la pureza más absoluta como escritor del habla castellana.

Profundamente agradecidos quedamos al amigo por ambos dones; y con alborozo anunciamos á nuestros lectores que de hoy en adelante se honrarán nuestras columnas con algunas de las producciones inéditas que hemos pedido y nos han sido galantemente ofrecidas por el mismo respetable caballero.

Nuevo alumbrado de la Estatua de la Libertad de Nueva York

La antigua antorcha de esta estatua, contenía nueve lámparas de arco equivalentes á 18.000 bujías. Aquellas han sido reemplazadas por una originalísima de 5.000 bujías cuya luz irradia al exterior en todas direcciones. En el interior hay una serie de espejos de aluminio inclinados, que reflejan la luz horizontalmente. Innumerables reflectores envían luz á las nubes. Alrededor de la diadema hay cincuenta lámparas incandescentes de 50 bujías cada una y de varios colores. Vistas éstas desde el puerto, hacen el efecto de una hermosa corona de piedras preciosas. Un proyector eléctrico ilumina la estatua de arriba á abajo. Véase el grabado de la página 420.

Castillo de Puerto Cabello

En otro número publicamos un grabado que representa el interior de esta fortaleza, y hoy lo hacemos con la vista exterior. Ambos nos dan triste idea de la balística de antaño, pues ogaño basta para convertirle en polvo una cañonera de poco empuje artillero. Construyéronlo (no se cuándo) nuestros padres los españoles y representa el principio y fin de nuestra vieja independencia. Allí comenzó el gran Simón á hacer de las suyas, y las huestes libertadoras dieron allí

término á su grande empresa de anarquizarnos *abaterram*. ¡Bendecidos sean por siempre aquellos tiempos en que existía la fe, vivíamos con la Esperanza y practicábamos la Caridad.

La Alcantarilla de Paso Real (Puerto Cabello)

Nada particular sabemos acerca de esta alcantarilla, sino es que como todas las demás de su misma especie sirve para dar gratis agua al sediento. Lástima que la naturaleza ó los Municipios no inventaran el medio de fabricar otras de pan y carne, que no sólo de agua vive el hombre.

Estación del "Ferrocarril Central" en Caracas

Este edificio de apariencia tan bella es el punto de partida de una empresa que merece mejor suerte. En efecto: no sabemos si por natural absorción de otras empresas, ó porque, el Ferrocarril Central vive estacionario en sus trabajos de construcción. Rico venero para la compañía son sin duda los extensos y feracísimos valles del Tuy (trayecto de la línea) y las poblaciones por donde atravesar debía el ferrocarril ostenta crecido número de poblaciones cuya riqueza y número de habitantes serán siempre codiciado objetivo para empresas de esta suerte. ¿Veremos pronto la prosecución de los trabajos? Así lo deseamos con sinceridad.

Las Artes

Por ser cuadro original y bastante celebrado, reproducimos hoy el grabado de *Las Artes*, obra de Luis Deschamps, que fué expuesto en el Salón de París de 1892. Para el que tenga de las Bellas Artes un concepto tan elevado cual ellas se merecen, el trabajo de Deschamps no pasa de ser un precioso juguete pictórico; pero si queremos convenir en que el artista no pretendió simbolismos ni representaciones, el cuadro por sí y en sí es acabado y merece los más calurosos elogios.

Monumento erigido á la memoria del señor General Ramón de la Plaza en el Cementerio del Sur

Aún recordamos con dulce fruición las veladas semanales que se celebraban en el hogar del general de la Plaza. Allí una sociedad escogida de artistas y aficionados, dejaba correr las horas en medio de las gratas delicias que proporcionaban la música, la poesía, y el trato ameno y delicado de los dueños del hogar, atentos siempre, como personas de alta alcurnia, á que los visitantes se solazaran noblemente manifestando sus talentos, ya en recitaciones poéticas, ya tocando instrumentos, ya disertando sabiamente sobre las virtudes y progreso de las Bellas Artes.

El general de la Plaza, después de figurar con brillo y honra en los campos de batalla, colgó su espada y dióse al estudio teórico y práctico de las Artes. Llegó á poseer sólidos conocimientos en la Estética, publicando como prueba de sus adquisiciones intelectuales en esa materia su admirable obra titulada: "Historia del Arte en Venezuela."

Después de su muerte, que fué pérdida grande para la Patria y para el Arte, la digna compañera de su vida, como él también enamorada de las bellezas ideales, y poseedora de una inteligencia de alto vuelo, ideó é hizo realizar el característico monumento que hoy cubre los restos del llorado amigo, y que es preciadísimo ornato de nuestra primera necrópolis.

Baños de río en Macuto

Complementa este trabajo el que dimos de los Baños de mar en nuestro número 6. Nada particular hallamos que decir á este respecto, si no es condolernos de que haya pasado aquel entusiasmo de otros tiempos por el pintoresco pueblo, y hacer votos porque vuelvan á animar los caraqueños aquella residencia balnearia.

Bosque de "Macuto" [Barquisimeto]

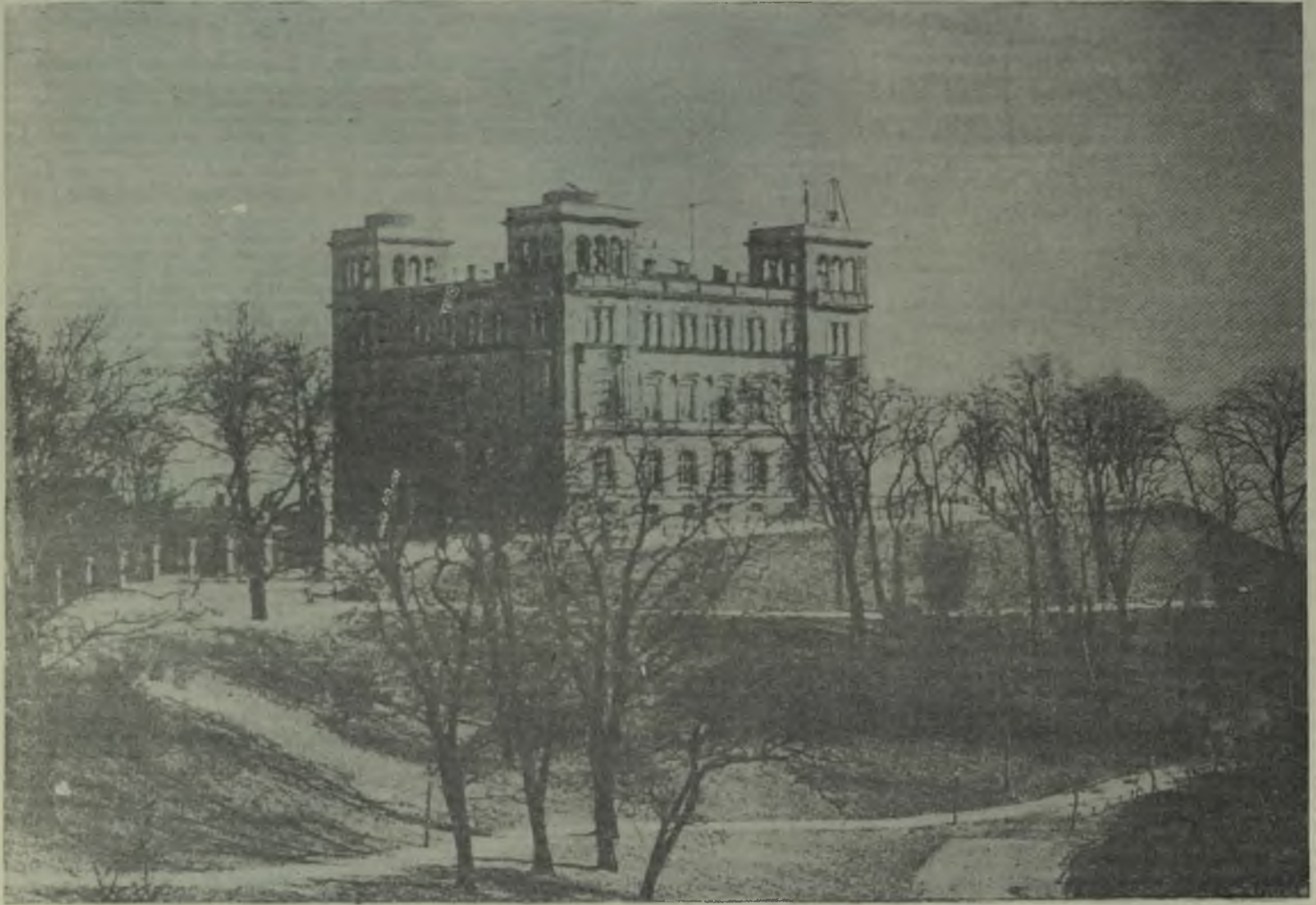
El original de este grabado pertenece á la rica colección de fotografías del Doctor Francisco de P. Reyes, quien nos la ha obsequiado generosamente. Prueba es la vista del bosque de Macuto de la riqueza pictórica de nuestra naturaleza tropical, logtable en perspectivas variadísimas.

El velocipedista

Este juguete que dedicamos á los jóvenes que se ejercitan hoy en el manejo de este útil é higiénico vehículo, representa el *sumum* de ciencia á que puede llegar la práctica del arte. No faltarán, de cierto, entre nosotros quienes procuren realizar lo pintado, y desde luego anticipamos nuestro aplauso á los que realicen la difícil aventura.

Estación naval de Hamburgo

Entre los edificios que ostentan mayor belleza en la célebre ciudad comercial de Alemania, no es éste, cuya copia hoy publicamos, uno de los de menor cuantía. Su utilidad es innegable, y grande nuestra complacencia en recordar una vez más los días de ventura que pasamos en la ciudad anseática.



ESTACION NAVAL DE HAMBURGO

Una partida de Whist

Todo buen observador de las peculiaridades de la raza germánica, convendrá con nosotros en que los artistas alemanes tienen especial predilección por la pintura de escenas y tipos de rara singularidad. Los periódicos andan llenos de ellos y no hay nadie que no haya gozado extremadamente con las caricaturas y cuadros chispeantes que publica, entre otros, la célebre *Flagende Blätter*. Hoy reproducimos *La Partida de Whist*, célebre producción de Conrad Beckmann, como comprobación de lo que dejamos asentado.

Dibujo de Davegno

No sabemos cómo manifestar nuestro agradecimiento al ilustrado amigo y colaborador FRANCISCO DAVEGNO, quien desde los comienzos de nuestra Revista viene obsequiándonos con dibujos y datos preciosos acerca de las cosas y casos que ya pasaron ó que van en camino de desaparecer entre nosotros. Contribuye así el señor DAVEGNO, con datos muy valiosos para la futura historia y crónica de nuestras costumbres, y merece por ello el sabio colaborador bien de la Patria. Damos gracias al extranjero, siempre que como el señor DAVEGNO se encariña y ama el país donde gana honradamente con su trabajo el pan de su vida.

En seguida va la descripción del dibujo á que nos referimos.

"En lugar de las modernas copas uniformes de pinturas al óleo, las casas de Caracas ostentaban antiguamente en la parte exterior de sus paredes dibujos esgrafiados, de los cuales pueden verse aún fragmentos al través de la pintura moderna, ó bajo el moderno encalado, en los puntos en que este se ha caído.

Eran figuras geométricas ejecutadas con más ó menos habilidad, predominando entre ellas las que imitaban piedras de sillería.

Muchos de estos dibujos podrían recogerse observando las paredes de las casas principales de Caracas. Nos limitamos por hoy á presentar al-

gunos ejemplos, junto con el bosquejo de una pared que ha sido raspada recientemente para pintarla según el gusto del día.

Antigua iglesia de la Trinidad

Al norte de la ciudad hallábase la iglesia de la Trinidad, sustituida hoy con el bello edificio denominado *Panteón Nacional*, tumba de nuestros grandes hombres de la Independencia y de otros distinguidos ciudadanos en la guerra, las ciencias y las letras.

El primer templo de la Trinidad fué erigido, según el eximio literato Doctor Rojas (*Leyendas históricas de Venezuela, serie primera*), en 1742, concluyéndose en 1783, año del nacimiento de Bolívar.

Singular y serviente culto tributaba la familia de Bolívar á este Santuario y el Libertador conservó hasta su muerte, como tradición, este culto fervoroso al Misterio de la Santísima Trinidad; y el antes citado historiógrafo en su leyenda intitulada: "Bolívar y la Santísima Trinidad," nos relata el diálogo entre el Libertador y el Coronel Ferguson, al pasar por última vez, el año de 1827, por frente de los restos del antiguo templo destruido por el terremoto de 1812. "Estas ruinas—le decía Bolívar—me traen recuerdos de mi niñez. El culto de mi familia al Misterio de la Trinidad data de mis abuelos. ¡Cuántos años pasarán todavía antes que estos escombros vuelvan á su antiguo esplendor!"

¡Arcanos del destino! Cuarenta y cinco años después de aquella fecha en que partía Bolívar de la ciudad natal, llena la mente de lúgubres ideas y acibarada su vida por mezquinos intereses de partido, eran conducidos sus restos con pompa inusitada á reposar por siempre en aquel mismo suelo donde se levantaba la antigua iglesia, transformada por el arte en suntuoso alcázar! El nombre de Bolívar y el de la Trinidad debían ser inseparables!

El pueblo que no se amolda al cambio de los nombres, llama todavía á la plaza del Panteón y barrio que la circunda: *La Trinidad*.

Las Montañas Rusas

Los señores Olombrada y Espelta han tenido la buena idea de montar en la avenida del Puente de Hierro una admirable copia de las célebres *Montañas Rusas* del bulevar de los Capuchinos en París. Los grabados que publicamos copian perfectamente los momentos de salida y llegada del cochecito que conduce á los pasajeros que gozan el agri-dulce placer de experimentar los vértigos que producen siempre el descenso á las simas ó la rápida aproximación á ellas.

La concurrencia que asiste á esa diversión, desde que se inauguró, es numerosa, lo que implica un triunfo para los empresarios; y debemos en justicia recomendar la solidez de construcción y la perfecta seguridad para los viandantes que concurren á la fiesta.

Deseamos larga vida á la empresa que ha proporcionado al público caraqueño un nuevo rato de solaz.

El niño expósito

Publicamos hoy el grabado que representa el niño recién nacido que, después de abandonado por sus padres, depositó una mano oculta á las puertas del santo hogar del señor director del Asilo de Huérfanos. Huyamos de calificar el hecho, para aprovechar una vez más la oportunidad de enaltecer la nobilísima alma del señor AGUSTÍN AVELADO, bajo cuya protección colocan al nuevo sér anónimo aquellos que quizá se consuelan de negra falta, con la cierta esperanza de que el desechado vástago encontrará á la sombra del virtuosísimo director del Asilo, honrado nombre que le negó el destino, y quizá venturoso porvenir.

Aprovecha EL COJO ILUSTRADO la oportunidad para reproducir en sus columnas el bellísimo y sentido artículo que el Dr. Eduardo Calcaño escribió tiempo há sobre los expósitos, joya de literatura verdaderamente humana, y que apreciarán siempre todos aquellos que practiquen verdadero amor al prójimo.

LA CRIADITA

Pequeñuela, enclenque, pajiza, harapienta, con unos ojazos dulces y estúpidos, era quien por el estío llevaba los huevos frescos y la leche de la granja al castillo. Al entrar en la cocina decía «aquí está» y se quedaba de pie junto á la puerta, esperando que la respondiesen «está bien», mirando la batería de cocina, cuyo cobre relumbraba al sol, retorciéndose embobada con los dedos el delantal de algodón. El cocinero, vestido de blanco y serio, se le aparecía como un personaje extraño, casi imaginario y lejano, á pesar de estar allí. Era hija de un hombre que trabajaba en la granja y de una mujer que había muerto. Pocas personas sabían que se llamaba Germana; como se la encontraba á menudo apacentando ánades, vara en mano, en las veredas festoneadas de espinos, llamábanla la Varera. Un día, el señor cura, con el breviario debajo del brazo, pasó junto á ella y la dió con dos dedos un golpecito en la mejilla, diciendo: «¡Je, je!» Aquella carantofía y aquel «¡je, je!» eran poco más ó menos toda su historia; la recordaba con interés todos los días. Sus ánades eran muy malas con ella, sobre todo una, la más grande. Hubiera preferido ser pastora de carneros, porque estos son pacíficos y se puede triscar con ellos. Pero era demasiado pequeña. Quizá más tarde se realizara su ensueño. Iba á cumplir ocho años por Pascua Florida.

Una vez la dijo el cocinero: «Hay gente á comer. Quédate. Ayudarás.» ¡Eso sí que era otra cosa, y no el cariñito del señor cura! Estaba orgullosísima; comprendió que decididamente entraba en la vida social. En la repostería, donde comió, hicieronla beber vino; era la vez primera que bebía «agua roja», como ella decía. Hizo un gesto y dejó el vaso; pero el cocinero, que con su aspecto solemne era un hombre muy alegre, la obligó dos ó tres veces á beber, para reirse. Emborrachóse ella, y estuvo charla que charla. Contaba su gran aventura con el señor párroco, y que las ocas la picoteaban á veces hasta el hueso en las pobres pantorrillas desnudas. La hicieron beber más. Estuvo muy mala, teniendo que acostarse en la cocina entre dos sillas, con los flacuchos brazos colgando. «¡Tonta!» dijo el cocinero. Tenía pálida la cara y fijos los ojos. Sufría y se quejaba, sin comprender. Luciano, el hijo de la baronesa, un chicuelo de diez años, pasó por allá, y al ver aquella niña que estaba enferma, la pellizcó hasta hacerla sangre en uno de los arrugados y rojos brazos. Dió un grito y le miró. Llevaba un traje de terciopelo azul y una gran gorguera de blonda de seda torcida, sobre la cual se agitaban unos rizos de cabellos rubios. Sonrióse ella y bajó dos ó tres veces la cabeza en señal de consentimiento; se acordó de los gansos, que también eran malos, pero no tan bonitos; y levantándose hasta el hombro la harapienta manga, acarició largo tiempo con gusto el daño que se le había hecho.

Más adelante, se interesó por ella la baronesa. Cuando se resolvió que la llevarían á París para convertirla en una doncellita de labor, se puso muy contenta á causa de Luciano, y muy triste á causa de las ánades. Las llevó á pastar una vez más por mucho tiempo, y las decía: «Anda, que yo voy á París, y vosotras no vais.» Sentóse al borde del camino entre las ramas espinosas que la punzaban, dejándolas hacer, mirando la tierra de labor, los prados, los tres pobos rectos y puntiagudos en medio de la llanura, y allá abajo el horizonte. Decía adios inconscientemente. Fué á beber agua en una charca, detrás del sexto. Debajo de una rama cogió un nido de ruiseñores de pared, un nido vacío, seco, del año anterior, y se lo llevó como un recuerdo. Acarició á los gansos, uno tras otro; y pensó que un ganso que tuviera un traje de terciopelo azul y una gorguera de blonda de seda torzal sería muy bonito; y besó tiernamente en el cuello á la mayor de aquellas aves, la que era muy mala.

En París vivió en el hueco de una ventana, junto á la antecámara, marcando pañuelos y remendando trapos de cocina. Habíanla enseñado á coser, pero no la enseñaron á leer. Para las personas de la condición de Germana no es saludable la lectura. Leer induce á pensar; y, una vez que se piensa, ya no se repasan tan bien las camisas. La servidumbre toda la estimaba poco, porque era silenciosa, obediente y devota de su ama. Nunca salía, á no ser los domingos, para ir á la iglesia. Mostrábase muy piadosa, sin comprender. Todas las noches decía: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» No conocía en París nada más que la calle que estaba delante de su ventana; los transeúntes le parecían personajes extraordinarios, de diferente especie que ella; los carruajes, una cosa extraña; admiraba los adoquines. Pasó dos veces la Pascua Florida. Seguía corriendo. Continuaba siempre con sus ojazos estúpidos y dulces. Jamás alma alguna estuvo tan sola como la suya.



LAS ARTES— por Deschamps

Sin embargo, no estaba triste. Vefía algunas veces á su amito, tan altivo, tan bien puesto. Cuando entraba éste en el cuarto donde cosía ella sentada desde la mañana á la noche, temblaba con todo su cuerpo; y sin levantar cabeza, seguía cose que cose, precipitando las puntadas, pinchándose en los dedos. Un día, la dijo él de pronto: «Ven á jugar.» Levantóse ella estupefacta y con la boca abierta, como ante un milagro. Aquel día llevaba él un vestido de terciopelo negro con trencillas de oro. Jugaron. Luciano se puso á horcajadas sobre una silla tumbada en el suelo, de la cual tiraba Germana á guisa de caballo. El pesaba ya bastante y ella era aún muy débil; jadeaba extasiada. Para hacerla correr más, dábala él de puñetazos en la espalda. «¡Oh Dios mío, Dios mío!» repetía ella con arrobamiento. Y dijo él: «Necesito un látigo.» Corrió ella á la cocina y trajo una vara muy gruesa que se usaba para sacudir el polvo á la ropa. Luciano se valió de ella. Era ya muy fuerte. Azotaba él, corría ella diciendo: «¡Ah señor, señor!» y lloraba de gozo con sus verdugones. Por la noche en la cocina, después de haber comido con los criados, sentada aún á la mesa, cerró los ojos con lentitud, sonrióse y la oyeron murmurar: «¡Qué bueno estaba aquello!» El cocinero la dijo: «¡Golosa!»

Un día Luciano robó de la alacena una botella de vino de España. Por aquella época fumaba ya Luciano cigarrillos en los rincones. Le interrogaron y respondió: «He visto á Germana llevarse una botella.» La baronesa hizo llamar á la criada: «¿Eres tú quien ha robado la botella?» Luciano interrumpió: «Es ella.» Germana

dijo: «Yo soy.» La baronesa dió un cachete á Germana. «Bien hecho» dijo Luciano. «Sí, bien hecho.» repitió Germana.

Pasó tiempo. Ella continuaba siendo flaca y ruin, pequeñeja. ¿Y fea? Sí, con manchas rojizas en las mejillas, en la nariz, en la frente. Sus grandes ojos, de mirar bondadoso y vago, eran como los de una oveja. Llevaba un vestido negro, estrecho, que caía recto desde los hombros á los tobillos; sólo el cinturón indicaba el talle. A la sazón, Luciano era ya un mocito. Una noche la dijo: «Mamá no quiere que me den la llave de la puerta principal. Me veo obligado á tocar, advierten que entro tarde, y me regañan. Escucha: no te acuestes, daré una palmada y sales á abrirme sin meter ruido.» Era en invierno. Algunas veces quedábase ella hasta el amanecer, sin dormir, en un cuarto sin lumbre, al atisbo de la seña. Luego bajaba con una lamparilla en la mano. Necesitaba atravesar el patio del palacio. Algunas veces había nevado. Para no hacer ruido, no se ponía los zapatos. Andaba con los pies desnudos por la nieve. Envolvía el ciérzo. La castañeteaban los dientes. Cogió un catarro que ya no se le quitó. Abría la puerta, quitando una gruesa barra transversal que la helaba las manos. Luciano decía: «Siempre me haces aguardar. Me hielo.» Una vez le respondió ella: «De ahora en adelante, esperaré en el patio.» Y así lo hizo. El invierno era muy frío.

Una noche Luciano volvió borracho. Venía de algún baile de máscaras. Estaba de veras muy guapo con su traje verde y rosa, un disfraz de paje. «¡Oh!», exclamó Germana levantando



MONUMENTO ERIGIDO AL SEÑOR RAMÓN DE LA PLAZA
En el Cementerio del Sur

noche, ayudó á la recién casada á desnudarse. El dormitorio, con colgaduras pálidas y apenas iluminado, estaba misterioso y encantador. «¡Qué guapa es usted!», dijo á la esposa. Avivó el fuego, alineó con esmero las almohadas del lecho conyugal, besó furtivamente el que estaba más cerca del borde, y dijo riéndose á Luciano que entraba: «Buenas noches, señor Luciano.»

Una hora más tarde salió de la casa. Iba á escape, en derechura. En las calles, nadie. Había llovido. El cielo, muy nublado y oscuro, tenía acá y allá claros bruscos llenos de estrellas; la luz de los reverberos se reflejaba en las húmedas losas. Germana caminaba á lo largo de las casas. Iba muy alegre. Cantaba al andar. Anduvo más de una hora. Oyó un gran ruido, suave y uniforme, el de un río que corre. Se metió por el Puente Nuevo. Cuando llegó en medio se detuvo, miró á su alrededor, vió que estaba sola, y se puso á hablar en voz baja. Lo que decía era una oración: «Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre . . .» Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil («cierto día, al pasar por Meudon . . .»), miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta («una joven polaca . . .»), arrolló la falda en torno de sus flacas piernecillas, la sujetó con la cinta cual si temiese que alguien la viese desde abajo las piernas («me dijo: Caballerito, perdón . . . perdón . . . Padre nuestro, que estás en los cielos . . . perdón . . . perdón . . .») y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio, reflejando un claro del cielo, estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

CÁTULO MENDÉS.

SONETO

Todo suena: la música, el dinero;
Del bronce el trueno, de la mar la ola,
Del pescador la dulce barcarola,
Del amor el acento placentero.

Suena la fuente, el canto del jilguero,
El ruido de sangrienta batahola,
La nota quejumbrosa de la viola
Y del mártir el llanto lastimero.

Suena el clarín que á la refriega llama,
El ay! del moribundo en la pelea,
Y del pastor el blando caramillo.

Todo suena, la voz que al héroe aclama,
La mínima, la fusa, la corchea,
Todo, menos el oro en mi bolsillo.

MANUEL MARÍA FERNÁNDEZ.
(Don Simón.)

do la lámpara. Subieron juntos por la escalera de servicio. Pegaba trompicones contra la pared, canturreando este estribillo de una opereta entonces en boga: «Cierta día, al pasar por Meudón, una joven polaca . . .» y todo lo que sigue. Ella escuchaba, admirándose. Tropezó él. Al incorporarse, volvió la cabeza. Miró á Germana. Estaba beodo. Era una mujer. ¡Bah! La agarró por la cintura y la besó bruscamente en los labios. Estremecióse toda, como una ave que se sacude las plumas, y cayó sin sentido en los peldaños juntamente con la lámpara, que se hizo trizas. «¡Al diablo la tonta!», exclamó Luciano, huyendo por temor á que el ruido hubiera causado alarma.

Germana ya no trabajó más en el hueco de la ventana, junto á la antecámara. Tomó la costumbre de sentarse desde la mañana en un peldaño de la escalera de servicio, siempre el mismo, y de coser allí. Los criados burláronse de ella, y los dejó que hablasen. Se había vuelto extraña. Algo se había encendido dentro de sus dulces ojos, de mirar menos vago. Canturreaba á media voz durante mucho tiempo una tonadilla, siempre la misma: «Cierta día al pasar por Meudon, una joven polaca . . .» Cantaba esto á veces muy alegremente y de prisa, otras con suma lentitud, detallando las sílabas, prolongando las notas. Aquel tarareo tenía entonces una tristeza infinita. «Una joven polaca me dijo: Caballerito, perdón . . .» y de pronto se deshacía en lágrimas. Encontrábase muy feliz.

Luciano se formalizó. Tratóse de casarle. La señorita era rica y bonita. Se enamoró de ella. «Casadnos pronto», dijo él. Los casaron. Germana fué puesta al servicio de los nuevos esposos: ella misma había pedido este favor. El día de boda estuvo desde la mañana en el aposento nupcial. Iba, venía, correteaba, ponía los muebles en su sitio, colocaba las flores en las jardineras, sonreíase, exclamaba: «Esto es muy bonito, aquí» y jamás había estado contenta. Llevaba puesto un trajecito que la dió la novia. Y repetía: «Señor Luciano . . . señor Luciano . . . bienaventurado . . . bienaventurada.» Por la noche pensó que en aquel momento estarían bailando en la boda, y se puso á bailar también, cantando con ritmo de vals: «Cierta día, al pasar por Meudon . . .» Hacia media



ESTACIÓN DEL FERROCARRIL CENTRAL — Caracas

REVISTA DE LA QUINCENA

Aquellos de mis lectores que no se ocupan en escribir, siquiera sea una vez al año, para los periódicos, no conocen uno de los tormentos de que, no sé cómo, no se acordó el Dante para ponerlo en su infierno como castigo de pecado gordo.

El tormento á que me refiero es el de las interrupciones sucesivas. Se lo doy á cualquiera. Una mosca porfiada es casi una delicia comparada con aquel género de suplicio que padecemos los que gustamos de borrar cuartillas.

El día de más apuro es el elegido ordinariamente por el hado funesto de las interrupciones para acabar con la paciencia más ejercitada.

Se encierra usted en su escritorio, dispone las cuartillas, enciende un cigarrillo para facilitar el nacimiento de las ideas, toma la pluma y no bien la mueve para hacer el primer rasgo de la primera letra, cuando la suelta porque hay un señor que desea hablar urgentemente con usted sobre un negocio de suma importancia.

—Muy señor mío.

—¿Es usted don Fulano de tal?

—Para servir á usted.

—Aunque usted no tiene el honor de conocerme.....

—El honor es para..... vamos, será para mí de todos modos.

—Pues personas de mi amistad que me han hablado muy ventajosamente de usted y que le tienen á usted en muy alta estima, como tiene que ser tratándose de un caballero..... de la..... de la caballerosidad de usted, probada tantas veces, reconocida de todo el mundo, como tiene que ser, desde luego que una persona tan... tan..... caballeresca, no excusa probar aquella cualidad reconocida de todo el mundo, repito, lo cual le hace ser tan ventajosamente conocida de los de mi amistad, que lo son de mucha significación y que me han dado tan buenos informes de usted que no he vacilado en acercarme á usted, para tener el gusto de conocerle.

—El gusto es para..... para mí también, como el honor de nace poco.

—Pues, como decía, sabiendo que es usted una persona tan recomendable (y tanto que en aquel momento lo soy y mucho por mi paciencia) tan recomendabilísima, no he vacilado en elegir á usted para darle una prueba de la alta estimación que usted me inspira, permitiéndome confiar á usted un asunto de que sólo se pone en cuenta á personas tan honorables y discretas como usted.

Aquí el visitante se corre hasta la orilla del asiento y toma el tono confidencial.

—Pues, como decía, me trae donde usted un asunto de suma importancia. Hay situaciones excepcionálísimas (asoma la punta del sable) en que un hombre se vé obligado á recurrir á medios..... excepcionálísimos, á dar pasos..... duros (el paso lo dá él, el duro lo daré yo); pero tratándose de personas de su honorabilidad, de su caballerosidad, de su bondad, la cosa cambia de carácter; y es este el motivo que me ha impulsado á molestar á usted.

—Dispense usted; pero todavía no he podido ver con toda claridad el motivo. (Vaya si lo he visto: *me lo diceva il cuore.*)

—No me habré expresado bien.

—Es posible.

—Pues, como decía, hay pasos duros, durísimos para un hombre cuando se encuentra sin trabajo, como es el tener que ocurrir á personas como usted, porque ha de saber usted que yo no soy de Caracas: vine aquí en la revolución y á los pocos días me dieron de baja prometiéndome un empleo, y como hace ya un año que estoy esperando inútilmente, al fin he resuelto regresar á mi Estado; pero carezco de los medios para ponerme en camino y espero que usted me auxiliará para ello con una bicoca, con una libra esterlina siquiera.

—Sí, realmente, es una bicoca; y ya quisiera yo nada más que dos bicocas por día—[sonrisa bonachona del interlocutor]—Mire usted, señor Don..... no me ha dicho usted su nombre, pero es lo mismo; yo no puedo en ab-so-lu-to, hacer nada por usted, porque tengo



BAÑOS DE RIO EN MACUTO



CASTILLO DE PUERTO CABELLO



LA ALCANTARILLA DE PASO REAL. — Puerto Cabello



LAS MONTAÑAS RUSAS DE CARACAS

estos y los otros compromisos, aquella contribución, el pedido de más allá, la suscripción á las sociedades benéficas tal y cual, y, además mucho que hacer y muy poco tiempo de qué disponer.

—Bien, nada se ha perdido.

—Nada, si no se cuenta el tiempo.

—Nada, así es, si señor; [el desconocido se rasca la cabeza.] Vamos, deme usted siquiera un par de fuertes.

—Le repito que me es im-po-si-ble.

—¡Qué cosas tiene usted! A quién arruina el dar un triste fuerte.

No puedo, señor mío, convénzase usted.

—Vamos, hagámos una transacción: deme usted cuatro reales y asunto concluido.

—Nada, nada, y nada.

—Ea! Dos lochas para tomar café.

—Tónelas usted.

—Mil gracias. Beso sus manos.

—Vaya usted con Dios.

Al fin!.....Vuelve usted al escritorio y toma la pluma, enciende el segundo cigarrillo y trata de perseguir en el laberinto de la memoria la idea que ya asomaba cuando asomó también el petardista.

—¡Alabado sea Dios! ¿No hay nadie aquí?

—Esa voz.....¡Santa Tecla!.....Si es Romualda mi aya que tiene ya ochenta años y ochenta majaderías por minuto.....¿Cómo me escapó?.....Nada me pescó.

—¡Ajá! Bribón. ¿Como que te quieres esconder?

—No, Romualda, es que estoy muy ocupado v.....

—Nada, las ocupaciones se dejan para después cuando hay que recibir á una pobre vieja que viene desde la Pastora á ver al niño tan grandulón como se ha hecho, y tan serote desde que se tomó estado y es papá y se ha metido á escritor.

—Anda, anda. Date una vuelta por la casa y vé si hay todavía chocolate en la jícara?

—Lo que quieres es alejarme para seguir haciendo garabatos en estos pedacitos de papel. Dáme acá uno para envolver esta empanada y regístrate el bolsillo á ver si tienes por ahí alguna peseta suelta para mi y otra para la fiesta de San Aquilino que es mañana. Va á estar magnífica, como que predicará el padre Sebastián y habrá cámaras y música de la banda. Tu nada sabes ya de todo eso: te estás volviendo hereje entre esos librotos. Vamos ¿á que no te acuerdas ya de aquella oración verseada que decías tan bien y empezaba:

—No me mueve, ni Dios, para quererte,

El cielo que me tienes prometido.

—Vaya si me acuerdo, y ahora más que nunca, porque la comprendo y la aprecio en todo lo que vale. Es una joya literaria.

—Así, así me gusta. Hasta ahora, señorón, voy allí á ver á los pimpollos. Venga el tercer cigarrillo y empezemos de nuevo. Iba á decir que.....

—Señor!

—¿Qué ocurre?

—Que ahí vienen de la imprenta por los originales.

—Bueno: que vuelvan más tarde.

Iba á decir que.....

Tirillín, tirillín, tirillín. La campanilla del teléfono:

—¿Quién llama?

—¿Con quién hablo?

—¿Que á quién llama?

—¿Que con quién hablo.

—¿A usted le toca nombrarse.

—Dispense usted, es Patricio Cordero el que llama.

—Hable usted (el asunto me interesa).

—Le he llamado para decirle que esta tarde..... primer tren..... los periódicos..... acatarrado.....

—Espere usted. No sé lo que dice. Deje llamar á la oficina. Tirillín, tirillín, tirillín. Pasan cinco minutos. Tirillín, tirillín, tirillín. Pasan otros cinco. Tirillín, tirillín, tirillín.

La oficina, con voz ronca:—Númeroooo.

—Habla con el número mil ochocientos noventa y tres y no pudiendo oírle.....

—Númerooo.

—Que no pudiendo oír lo que me decía el nú.....

—Númeroooooo.

—Escuche usted, con mil demonios!

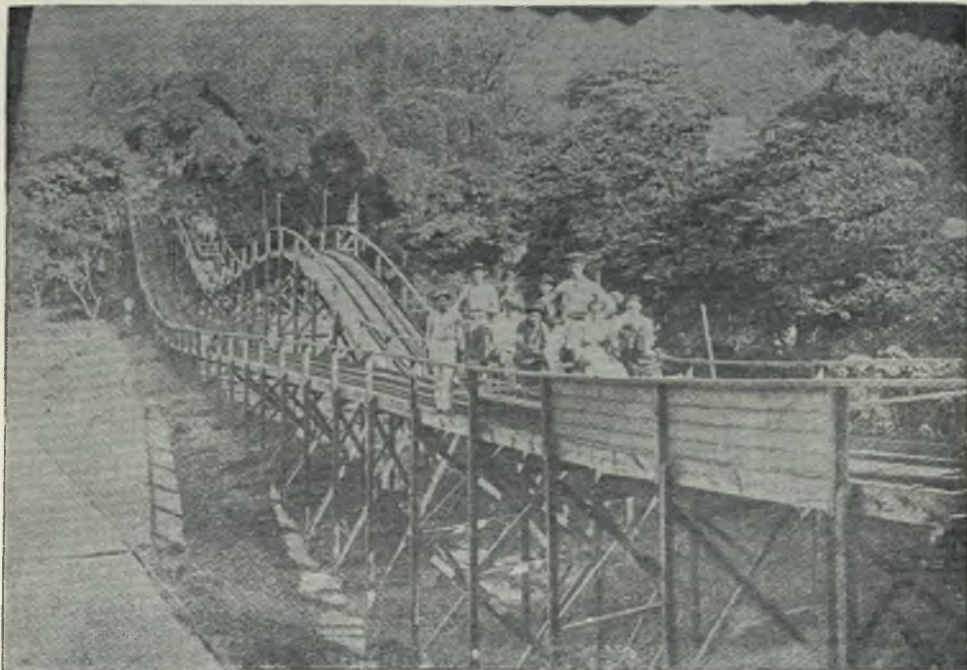
—¿Terminaron?

—Que hemos de terminar si no hemos comenzado.

Una confusión de voces: bailó el primer turno con Narciso y..... se le cayeron las sanguijuelas..... porque no le han pagado la quinceava..... númeroooooo..... ¿por qué me quita la comunicación?..... de chuquete.....

Al diablo el teléfono!

Al escritorio.



LAS MONTAÑAS RUSAS DE CARACAS

Cuarto cigarrillo. ¿Qué iba yo á decir? Ah! iba á decir que en la última quincena han ocurrido doce . . .

Doce campanadas dá el reloj de Catedral, doce puavadas me dá el estómago falto de alimento y de la imprenta han dado doce viajes perdidos en busca de esta revista que se quedó en gestación.

Miren ustedes, no son tan malas las interrupciones como dije al principio. Al menos me han dado asunto para doce cuartillas.

NECROLOGIA

Con profunda pena registramos en nuestras columnas la muerte del querido amigo y perfecto caballero señor don MIGUEL CALAFAT acaecida últimamente en París. Fué el finado, comerciante de la ciudad de Valencia, donde se labró á la par que una considerable fortuna, honradamente adquirida, el profundo aprecio de todos aquellos que le trataron. Hombre caritativo en extremo, dejó recuerdos purísimos de gratitud entre todos aquellos que fueron favorecidos con sus mercedes, y su lealtad y nobleza para con sus amigos, hará su memoria inolvidable.

Condolidos sinceramente de la gran pérdida, enviamos á su esposa é hijos nuestro muy sentido pésame.

OBSTINACION

Yo quisiera morir para no verte,
Yo quisiera morir para no amarte,
Quisiera entre mis sueños olvidarte
Mas luego al despertar temo perderte.

Quisiera en mi delirio aborrecerte
Y en la calma no ceso de adorarte.
Yo quisiera matarte si al matarte
Lograra de tus yerros convencerte.

¡Mas es vana ilusión! Tu pecho artero
El blanco me eligió de sus enojos
Y el objeto de todos tus agravios.

Y es tan grande mi amor ¡tanto te quiero!
Que hasta te miran sin cesar mis ojos
Y te bendicen sin cesar mis labios.

C. SÁNCHEZ-ARÉVALO.

Caracas: noviembre de 1893.

EN BUSCA DE MARIDO

Alejandro Dumas ha intervenido en la polémica, ó mejor dicho, en la investigación del por qué muestran los hombres de nuestra generación tanta repugnancia al matrimonio.

El debate se ha hecho universal: lo están llevando adelante á un tiempo en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos y en varios otros

países. En todas partes lo han planteado las solteras, que por millares ven la perspectiva para ellas horrible de "quedarse para vestir imágenes."

Lo más claro que se ha sacado de la información es que las muchachas no logran tener novio formal porque los hombres que están en la edad de casarse no son los que se colocan en relación con ellas.

De la estadística formada con motivo de este debate, resulta que la gran mayoría de los hombres se casa de los treinta y cinco á los cuarenta años; sigue en proporción la edad de los treinta á treinta y cinco, y luego de los cuarenta á los cuarenta y cinco.

Las sumas exactas son éstas: de cada 1,000 hombres, 147 se casan de los treinta y cinco á los cuarenta años; 138, de los treinta á los treinta y cinco; 122, de los cuarenta á los cuarenta y cinco; 64, de los veinte y cinco á los treinta, y sólo 21, de los veinte á los veinte y cinco años.

Y de todos ellos, los viudos son los que más propensión tienen á la reincidencia.

Ahora bien, los hombres de treinta á cuarenta y cinco años, y los viudos, en general, son poco aficionados á los bailes y demás fiestas á que suelen concurrir las muchachas solteras, y éstas no encuentran en ellos más que á los jovencitos de diez y ocho á los veinte y tres años, es decir, gente muy ahonada á novias, pero que no se casa ni á tiros, y con la cual no se hace más que perder tiempo y juventud.

—¿El remedio de esto? han preguntado los prácticos.

Es difícil, porque habría que cambiar las costumbres, cosa que no se hace en un día.

ahora comenzaba á ventear un poco, y al tiempo se dió á revolverse el agua con el viento se vió la mar llena en derredor de grandes luces resplandecientes, tal que el agua toda fué vista al igual de un cielo tachonado de grandes estrellas. Estas sin embargo desaparecieron en el espacio de algunas minutos, á pesar de que el viento continuaba como antes, á más exactamente hablando, soplaban con mayor fuerza. De aquí, á mi parecer, tengo motivo para creer que esta luz proviene de animales marinos; porque ese día los hemos visto culminando el mar y nadando á bandaditas cerca de la superficie del agua. Habíamos de antes observado que aquellos al ventear volvían á internarse dentro del agua, cosa que puede verse siempre en las medusas y las aneludichas galeras. Eso sucedió justamente aquí al comenzar á ventear; ellos se internaron dentro del agua y el relumbrer se extinguió por esto, como también por el menor movimiento que en el agua tenían y por la mayor agua que entre ellos mediaba que los sustrala á nuestra vista. Si ese fenómeno procediera de la sal del agua, etc. habría debido persistir mientras venteara, cosa que no ha sucedido.

Desde que he llegado al país he visto aquí en las cercanías de Cumaná 100 "species plantarum" más ó menos, las cuales no he podido especificar sino muy incompletamente todavía. Aquellas en que me parece estar bastante en lo cierto, son las que siguen:

Amomum Zingiber cult.
Borhanavia ?
Justicia octangulata
Tamarindus indica
Cynosurus acyptus et indicus
Mollugo verticillata B.
Scoparia dulcis
Rivina humilis
Cuscuta americana [hic loci flore etiam est quinquefido, sed corolla tubulosa, staminibus brevior nectario gaudet; styli duplex.]
Heliotropium indicum; alia planta similis minor fructu obtusa; alia spicis quaternis; alia *H. Curassavico* similia.
Tournefortia glabra
Convolvulus umbellatus
Physalis angulata
Solanum Lycopersicum B. et *S. nigrum* et aliud forte *Peruvianum* ? Cauda frutescens scandente, foliis pinnatis, floribus pauculatis.
Capsicum annuum
Achyranthes aspera
Periploca tenuifolia
Composita curvicularis et ficoides
Parkinsonia aculeata
Cassia bicapsularis, emarginata et occidentalis forte *plantisiligna*.
Portulacastrum novi forsan Generis [*Sesuvium*] nam corolla nulla. Calva 5 fidus, patulus, intus coloratus. Stamina plurima. Pistilli 1. Styli 3.
Euphorbia hypericifolia
Cactus tetragonus, Tanae et Curassavicus
Pitidium Guajanae
Argemone Mexicana
Bixa Orsellana
Mimosa Unguis-Cati et purpurea; praeterea tres aliae species

Crocentaria Cyete
Lentane Camara
Capriaria biflora
Ruellia paniculata et alia flore maiore caerulea.
Bontia daphnoides
Raphanus s. Sisymbri species
Cleome foliis digitatis, Stamina longissimis non gynandri.
Sida rhombifolia, Abutilon et capitata [quae ultima heic loco Malvae in officinis usurpatur].
Malva tomentosa
Cassipium Barbadosense
Citrus Melica
Passiflora foetida
Hippomane Mancinella vel glandulosa
Zea Mays
Lathyrus Manihot
Ricinus communis
Vicium rubrum
Carica Papaya
Musa paradisiaca
Holcus saccharatus
Cnecrus echinatus et tribuloides



EL MAESTRO VELOCIPEDISTA

Atriplex herbaea, foliis oblongis denticulatis, in petiolo attenuatis

"*Cocos muscivora*," junto con diversas otras de que todavía no he podido cerciorarme.

Entre éstas, quiero sólo emprender esta vez tratar de la fructificación del *Hippomane*, porque veo que fué tan incompletamente descrita por Plumier, que ha sido imposible al señor Protomédico aclarar el "character naturalis." Seguiré observándolo bien y enviaré la descripción completa. No le he visto aún más que una vez.

* Flores masculi in amento subulato longo [apica] erecto, terminali; ramis glomeratis; glomerulis brevibus, alternis, sparsis, resiliibus. Glomerulus singulus ex 15 circiter flosculis constat, omnibus erectis; basi anfractis. Bractea brevissima, laticuscula, brevis acuminata. Glaudula 1 utrinque ad latus singuli glomeruli vel bractee, amento adpressa, orbiculata, disco plano. Cal. Periantium monophyllum, turbinate, apice bifidum; coloratum, minimum, lacinis obtusis parvis. Cor. nulla. Stam. Filamentum unicum, crassiusculum, longitudine calycis. Autherae binae approximatae, singula extorsorum sulco exarata, hinc 4 autherae apparent.

* Flores femine solitarii, sessiles ex apiculis ramulorum aliorum, terminales. Cal. nullus. Cor. nulla. Pist. Germen globosum, magnum. Stylus nullus. Stigmata 6 vel 7, recurva, rigida. Per. Drupa globosa, glabra, terminata stigmatibus persistentibus. Sem. Nux ossea, maxime irregulari, futuris alis, sulcis, et apophyibus mucronata. Nucleus.....
 Tota arbor scate succo lacteo.

Durante mi travesía á conferencias y escribí una pequeña adaración sobre lo más importante de la "Philosophía botánica" para mis médicos, quienes á mi parecer se portan hoy con mucha apostura. El joven dibujante ejecuta su cometido ajustado á las reglas, con

elegancia y corrección, de tal modo que con él no puedo estar de otro modo que con placer.

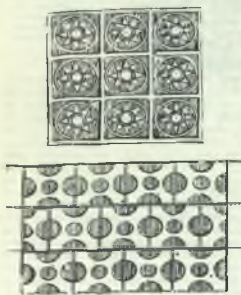
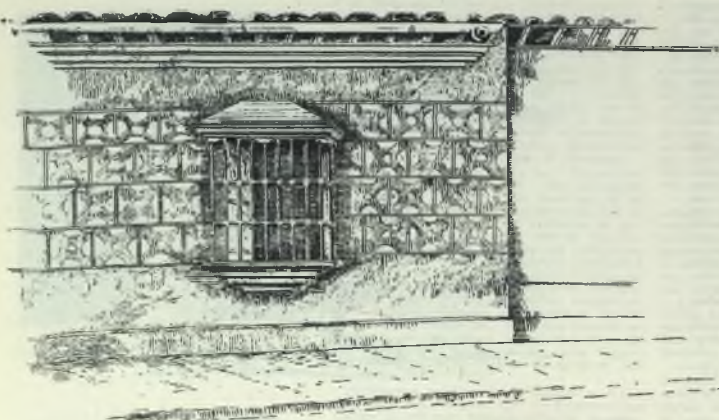
Por medio del conde de San Javier que vive en Caracas, y fue también pasajero en nuestro navío he dado instrucciones, por encargo del señor Protomédico, de conservar el curioso árbol Malpalcochith Qualhuit, Hern. de Méjico. De este árbol he hecho copiar cuatro ejemplares del Hernández para enviarlos á diversos parajes, porque el conde tiene allí una extensa parentela y estudió también allí por seis años; de tal modo que tengo bastantes buenas esperanzas de obtener una ó dos ramas con flores y frutos, para remitirlas al señor Protomédico, en el caso de que sea mi destino nunca más ver ese hermoso país.

También tuvimos por compañeros de viaje al Arzobispo de Santo Domingo, D. Franc. Joseph Moreno y Curiel, que es por cierto un muy cortés prelado, con quien tenía siempre el honor de discurrir sobre las cosas notables de la naturaleza y de llamar su atención sobre multitud de curiosidades. Tuve por esto ocasión de instruirle acerca del señor Proto-médico y de los muchos descubrimientos de Vmd.

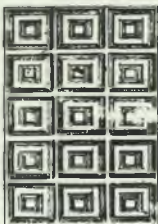
Del favor de nuestro Jefe D. Joseph de Iturraga gozo en un todo; puedo por lo demás decir que me he ganado el cariño de todos los que hay en esta expedición. Me honran también con casi la misma distinción que á los demás oficiales.

Está igualmente en nuestra expedición un jesuita alemán, que se nombra el P. Haller, de Austria. Es en verdad un buen astrónomo; pero tiene con todo grande afición por la botánica, razón por lo cual he comenzado á darle de vez en cuando lecciones. Puede llegar el día en que sea capaz de prestar algún servicio á la ciencia, pues para ello vá á establecerse en Quito, cual lo ha significado.

Me es imposible por ahora escribir más largo,



DIJOS ENGRAFIADOS, QUE SE USABAN ANTIQUAMENTE EN LAS PINTURAS DE PAREDES



pues fué ayer tarde cuando vine á saber que iba á ser enviada de aquí con cartas para La Guaira una balandra que saldrá á la noche ó mañana temprano. Quedo etc.

II

1754. Octubre 20. Cumaná en Tierra Firme. A decir verdad, tenía en miertes escribir al señor Protomédico la más extensa y larga carta, cuando por segunda vez tengo el honor de protestarle desde América mi alta estimación y ya que tengo para esto suficientes materias de que dar cuenta; pero me veo por ahora precisado á arreglarme cuanto más breve. La oportunidad para enviar cartas á Caracas se ha ofrecido dos días antes de lo que se había anunciado, y de esta suerte debo contentarme con relatar lo más pronto posible cuanto he hecho en los seis meses que me he detenido aquí en Cumaná. Para esto no he podido en los dos últimos meses sino llevar á cabo poca cosa, por una fatal calentura fúlgida que me dió con cuatro recidivas que me han

arrebatao todas mis fuerzas. A Dios gracias que no ha sido una enfermedad aguda, que no permita el Señor.

Debemos pronto continuar de aquí hacia Guayana, y de allí seguir nuestro viaje al río Orinoco, aguas arriba y al Río Negro hasta el Amazonas; y de allí tal vez al Brasil ó de las fronteras de éste á los lagos donde comienza en el Paraguay el río de la Plata.

Mi herbario se eleva hoy á 450 ó 500 especies distintas, de las que he reducido cincuenta y tantas á sus géneros y especies. En el mes de Agosto hice un viaje con don Benito Paltor treinta millas de aquí, á la misión de los franciscanos en Piritu y llegué á ver entonces muchas bellas cosas, que pude sin embargo aprovechar en poco, porque las calenturas tercianas me affigieron en todo el camino. Ahora que hemos de ir á Guayana, nos separamos. Vuelvo á tomar el camino de Barcelona y tengo intención de visitar por segunda vez las Misiones, si Dios me concede mejor salud, y de allí marchó sobre los Llanos hacia el río Orinoco y Guayana; don Benito toma sin embargo otro camino, á saber, la costa y la tierra de Paria abajo, hasta la isla

de la Trinidad, para subir de ahí al río Orinoco, de modo que nos encontremos de nuevo en Guayana.

He sido tan feliz en nuevos géneros, que estoy seguro de tener treinta, fuera de muchos que no me atrevo á establecer, no sabiendo lo que sobre ellos puedan decir los autores. Sobre los géneros cuyo carácter ha dado el señor Protomédico, según las láminas de Plumier ó sobre plantas desecadas, tengo, á lo que yo mismo las he visto en mi pequeño, un considerable número de observaciones que pueden servir, como creo, á ulteriores y más exactos esclarecimientos de aquellos, si acaso hay que hacer una nueva edición de los mismos. De aquí infiero que Plumier, el único "Generata Americano" tiene muy poco de lo que se halla en Tierra Firme, porque sólo ha visto las islas francesas, en especial Martinica y Santo Domingo.

En las especies me han seguido sola y únicamente las "Species Plantarum" del señor Protomédico, mi único vademecum. Tampoco tengo aquí ningún otro autor para consultar. A mi parecer, tengo un considerable número de plantas, de las cuales se encontrarán no mencionadas por el señor Protomédico, si igualmente he de convenir que por más acucioso que quiera ser, debo á menudo errar y equivocarme. Calculo al presente esas especies en 250 más ó menos; y puede ser que el porvenir las reduzca en algo.

Deseara tener copiadas por entero todas estas observaciones; más no economizaré fatiga para ejecutar esto antes de mi partida y remitiré todo junto para el discernimiento del señor Protomédico.

He elevado felizmente mis descripciones de plantas á 250, y las aumento cada día, tal cual lo permite mi limitado tiempo, pues mis ocupaciones me son en un principio muy prolijas en verdad. Ahora he recibido orden absoluta de nuestro Jefe de no escribir ó trabajar nunca antes del mediodía y la tarde, y todo consiste en que eso debe ser muy nocivo en un clima tan cálido. Pero lo que puedo hacer no quiero nunca omitirlo, si como en todo lo demás he de usar la misma moderación, que en Europa.

De peces tengo á lo que juzgo un par de nuevos géneros, y diferentes especies de serpientes, entre las cuales hay una nueva especie de *cuchuris*. Sus descripciones han de ser remitidas todas lo más pronto.

Las plantas son todas aquí tan grandes que no puedo mandar ninguna en una carta. Deben lograr el buque de la expedición á su regreso. Quedo etc.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Los novios tomaban poca parte en la conversación general: hablaban entre ellos en voz baja, aislados en medio del regocijo de los otros. Juan se abstenía cuanto podía de beber, comprendiendo que aquella no era noche de emborracharse, y se ruborizaba como una jovencita cuando alguno de los concurrentes se permitía una broma un poco arriesgada sobre las dulzuras de una noche de novios.

El recuerdo de Silvestre asaltaba por momentos su imaginación, extralímicamente. A causa de aquella muerte, y de lo reciente que estaba la del padre de Gaud, se había convalido en que no habría baile.

Estaban en los postres, y bien pronto iban á empezar las canciones, según es uso y costumbre del país bretón en tales casos; pero también lo es que á

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO

Vendase en toda la principal Farmacia y Droguería.

CHEVRIER

Deposito general: **PARIS**
21, Faubourg Montmartre, 21

El VINO con Extracto de Hígado de Bacalao, preparado por Mr. CHEVRIER, Farmacéutico de 1^{ra} clase, en París, contiene, á la vez, todos los principios activos del Aceite de Hígado de Bacalao y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. Es preciso para las personas cuyos estómagos no pueden soportar las sustancias grasas. Su efecto, como el del Aceite de Hígado de Bacalao, es soberano contra la Escrófula, el Raquitismo, la Anemia, la Clorosis, la Bronquitis y todas las Enfermedades del Pecho.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO CREOSOTADO

Vendase en toda la principal Farmacia y Droguería.

CHEVRIER

Deposito general: **PARIS**
21, Faubourg Montmartre, 21

La CREOSOTA de HAYA paraliza al trabajo destructor de la *Tisis pulmonar*, por que ella disminuye la expectoración, despierta al apetito, hace que la fiebre decaiga y suprime los sudores. Sus efectos, combinados con los del Aceite de Hígado de Bacalao, hacen que el VINO con Extracto de Hígado de Bacalao Creosotado, de CHEVRIER, sea el remedio, por excelencia, contra la *TISIS* declarada ó inminente.

los cánticos precedan las oraciones por los difuntos de la familia, y así, pues, cuando vieran levantarse al viejo Gaos y descubrirse, se hizo profundo silencio entre los comensales.

—Por Guillermo Gaos, mi padre—dijo gravemente.

Y comenzó á recitar, por el alma del muerto, la clásica oración latina *Pater noster, qui es una oración sanctificator nomen tuum*.....

Y terminada la plegaria, que todos los circunstantes repitieron devotamente, emprendió una serie de ellas, en las que nadie quedó olvidado.

—Por Ives y Juan Gaos, mis hermanos, perdidos en el mar de Islandia.....

—Por Pedro Gaos, mi hijo, naufragado con la *Zelia*.....

—Por el pobre Silvestre Moan, muerto de sus heridas en el campo del honor.....

Juan derramó entonces abundantes lágrimas por la memoria de su amigo.

—*Sed libera vos a malo. Amen.*

A poco, empezaron las canciones; coplas aprendidas en alta mar, sobre el castillo de proa de los barcos de guerra, donde, como es sabido, abundan los *cantadores finos*:

Un noble cuerpo, el de los nuevos
Mas también aquí los breves
Nos borran del destino,
¡Vive el mar! ¡vive el marino!

Uno de los muchachos de honor era el que entonaba las coplas, y los demás repetían á coro el estribillo, con hermosas voces de bajos profundos. Pero los nuevos esposos no cantaban ni se ocupaban de los cantantes: cuando se miraban, sus ojos brillaban con un brillo opaco, como resplandor de lámparas veladas. Continuaban habiéndose, cada vez en voz más baja, la mano del uno en la del otro, y Gaud inclinaba frecuentemente la cabeza, poseída poco á poco de un delicioso temor, ante su señor y dueño.

El primo piloto daba ahora la vuelta á la mesa para servir á los convidados un cierto vino que él sólo poseía; lo había traído con muchas precauciones, y refirió la historia de cómo había llegado á ser poseedor del precioso néctar: era una barrica que se había encogado, en alta mar, precedente sin duda de un buque naufragado. Á él le habían correspondido por su parte cuarenta botellas; pero suplicaba á los convidados que guardasen el secreto, porque no habían presentado su declaración á la Comisaría de marina.

El vino fué dechado de excelente, y se vaciaron de él un buen número de botellas.

Las cabezas no estaban demasiado firmes: el eco de las voces se hacía más confuso, y los jóvenes abrazaban á las muchachas. Seguan las canciones, pero la verdad era que nadie se sentía el espíritu tranquilo en aquel banquete de bodas, y que los hombres cambiaban frecuentes signos de inquietud á causa del tiempo, que seguía empeorando.

El ruido siniestro de los elementos desencadenados era ahora como un solo grito continuo, amenazador, arrojado á la vez por miles de bestias raras. También sonaban á los lejos detonaciones

sordas, como disparos de gruesos cañones de marina, y eran los débiles empujes del mar contra la costa de todo el país de Plouhazanec. No; el mar no estaba contento, como Juan había dicho. Gaud sentía una angustia en el corazón por aquella música espantable que nadie había encogido para su fiesta de bodas.

Hacia la media noche, el mal tiempo pareció calmarse un poco: Juan, que se había levantado sin hacer ruido, hizo señas á su mujer de que viniera á hablarle.

Era para que se fueran á su casa..... Ella se ruborizó pidiendo: ¿objeto que sería una falta de cortesía el marcharse en seguida, dejando á los otros.....

—No—contestó Juan;—no hay falta de cortesía, porque mi padre ha dicho que podíamos marcharnos.....

Los salieron fortivamente, sin que se aperchieran los invitados.

Hacia mucho frío en aquella noche oscura y tormentosa. Juan tomó en brazos á su esposa para que no se llenara de barro el vestido ni pusiera sus bonitos zapatos húmedos en aquel agua que empapaba el suelo. ¡Cuanto la amaba!..... Y decir que ella tenía veintitrés años y él iba á cumplir veintiocho, y que hacía ya dos años que podían estar casados y ser felices como aquella noche!

Llegaron, en fin, á su pobre casa, y encendieron una vela que el viento apagó por dos veces.

La abuela Ivona, á quien habían llevado á su cabana antes de que dieran principio las canciones, estaba acostada hacia dos horas en su lecho en forma de armario. Los jóvenes miraron por los calados de las puertas, con intención de darle las buenas noches, si por acaso estaba despierta; pero vieron que el venerable rostro de la anciana estaba inmóvil y que tenía los ojos cerrados: estaba dormida, é fingía estarlo para no perturbarles.

Entonces se sintieron solos, el uno del otro.

—¿Ambos temblaban, cogidos de las manos..... Él se inclinó hacia Gaud para besarla en la boca; pero ella apartó sus labios, y con la misma castidad que la noche en que se dieron palabra de casamiento, los apoyó en la mejilla de Juan, helada por el.....

Fuera de la cabana, la misma orquesta invisible y discordante de los elementos continuaba entonando su salvaje serenata para celebrar la noche de novias.....

Y la gran tumba de los marinos estaba allí cerca, inquieta, devorante, embistiendo contra las rocas de la costa con los mismos golpes sordos. Una noche ó otra había que caer en el abismo profundo: debíatse en él, en medio de las rocas negras y heladas: ellos no lo ignoraban.....

¡Que importa! por el momento, estaban en tierra firme, al abrigo del furor del viento y de las olas. Entonces, en la morada pobre y sombría eternamente azotada por la tempestad, se entregaron el uno al otro, sin preocupación ninguna de la muerte, embriagados, metidos deliciosamente por la magia incontrolable del amor.....

XXXIV

Fueron marido y mujer por espacio de seis días.....

En vísperas de la partida las cosas de la expedición á Islandia ocuparon á todo el mundo. Mujeres islandieras estaban á la sal en los alrededores de los barcos; los hombres disponían las aparejos, y en cada de Juan, como en la de los demás pescadores, toda la familia trabajaba en los preparativos de la campaña. El tiempo era sombrío, y el mar, que sentía la aproximación del equinoccio, estaba picado y turbulento.

Gaud sobrevolvaba con angustia estos preparativos inexorables contando las horas rápidas en el día, precursoras de la noche, en que, concluido el trabajo tenía á su marido para ella sola.....

¿Tendría que verle partir así en los años sucesivos? Ella esperaba poderle retener, pero no se atrevía á hablarle todavía del asunto; le parecía prematuro. Y sin embargo, él también la amaba mucho; experimentaba hacia su mujer una ternura tan confiada y tan nueva para él que los mismos besos, las mismas caricias, con ella le parecían otra cosa; y cada noche sus embriaguezas de amor iban aumentando la una por la otra, sin que la llegada del día las encontrase calmadas.

Lo que constituía para Gaud una sorpresa encantadora era encontrar para con ella, tan dulce, tan afable á aquel Juan á quien varias veces había visto en Paitupol afectar un supremo desdén con las muchachas. Con ella, por el contrario, no abandonaba un momento la corteza cariñosa que parecía innata en él, y nunca se encontraban sus ojos sin que los labios de Juan se entrecrisaran con aquella plácida sonrisa que la reconcompenaba de sus pasados disgustos. Y es que en las naturalezas sencillas y honradas como la de Juan Gaos hay el sentimiento y el respeto innato de la majestad de la esposa, sentimiento que establece un abismo entre ésta y la arrogancia menso objeto de placer á quien siempre se trata con desprecio.

Su felicidad la inquietaba: parecíale así demasiado inesperado; instable como los sueños.....

Por de pronto, ¿duraría siempre el cariño que Juan le demostraba? Á veces, le venían á la memoria sus queridas de Paitupol, sus aventuras ruidosas y sus arrebatos de cólera, y entonces temía por su felicidad. ¿Le guardaría siempre la misma ternura infinita, el mismo cariñoso respeto?

Verdaderamente, seis días de vida matrimonial no eran nada para un amor como el suyo; nada más que un pequeño adelanto percibido á cuenta del tiempo de la existencia, que podía ser tan largo para ellos. Apenas habían tenido tiempo bastante de hablarse, de hacerse cargo de que un perniciosa mutación en todos sus proyectos de bienestar moral y material habían tenido forzosamente que ser aplazados para la vuelta.....

¡Oh; era necesario impedir á toda costa que continuase en aquel duro oficio de pescador de Islandia. Pero ¿que hacer para conseguirlo? ¿Cómo vivirían entonces, siendo pobres el uno y el otro? Y después, ¿le amaba tanto su profesión!

VIOLET FRÈRES
 (Maison Française-Orientales) FRANCIA

Casa Única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga

El **BYRRH** es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hacerlo con vinos añejos de España especialmente generosos puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

Es a la vez gustoso y absolutamente irreprochable al punto de vista higiénico.

El **BYRRH** puede tomarse a todas horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889
 MEDALLA de ORO (la mas grande recompensa concedida)
 En CARABAS: G. STURUP Y C^o, Suco y en las buenas Casas



PERFUMERIA ORIZA
 L. LEGRAND
 (FABRICA DE LA INDUSTRIA)
 PARIS

ULTIMAS CREACIONES
 Productos

DATURA INDIEN

Esencia DATURA INDIEN
 Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
 Jabon DATURA INDIEN
 Agua - Tocado. DATURA INDIEN
 Aceite DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados
 ELABORER TABILLAS
 16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.



Aceite de Hígado de Bacalao

DOCTOR DUCOUX


Iodo-Ferruginoso,
 al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las **ENFERMEDADES DE PECHO LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.**

al ACEITE DE HIGADO DE BACALAO del D^o DUCOUX, Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene esta preparacion ningun sabor desagradable y porque su composicion la hace solamente tónica y fortificante.

Depósito General : 7, Boulevard Denain, 7 - PARIS

Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.
 Descartar de las FALSIFICACIONES e IMITACIONES



Inyeccion Cadet

LA MAS CONOCIDA

todo el Mundo

PARA CURAR

EN TRES DIAS

sin otro alguno medicamento y sin temor de accidentes.

PARIS - 7, Boulevard Denain, 7 - PARIS

DROGUERIA DE TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



Ella, a pesar de todo, se propiaba empezar toda su voluntad, todo su corazón y toda su inteligencia en hacerle adoptar otro modo de vivir. Ser esposa de un marino islandés; ver aproximarse con tristeza todas las primavera; pasar todos los veranos en una dolorosa ansiedad;...; mas, la idea de aquel porvenir de alejamiento y de soledad le causaba demasiado espanto.

La víspera del día en que debían darse a la vela hizo un tiempo primaveral. Juan lo pasó todo entero con su mujer, y los dos esposos se pasaron del brazo por los caminos, como hacen los enamorados, muy cerca el uno del otro, y diciéndose mil cosas tiernas. Las gentes de los alrededores sonreían al verles pasar.

— ¡Es la bella Gaud, con Jean Gaud, el de Pors-Even!

— ¡Cómo se conoce que son recién casados!
 ¡ Hermoso día aquel! Era particular y extraño el ver de pronto aquella gran calma de la naturaleza, y sin una sola nube aquel cielo, habitualmente tormentoso. Ni un soplo de viento. El mar estaba manso y tranquilo en su uniforme matiz azul pálido. El sol resplandecía con un intenso brillo blanco, y el rudo país bretón se impregnaba de aquella luz como de una cosa fina y rara, pareciendo alegrarse y reírse hasta en sus lejanías más profundas. El ambiente, delicioso tibio, estaba cargado de aromas primaverales; hubiérase dicho que se inmortalizaba para siempre; que ya no podría haber nunca días sombríos ni tempestades. Los cabos, las bolinas, sobre los cuales no pasaban ahora las grandes sombras cambiantes de las nubes, dibujaban al sol sus largas líneas inmutables, como descansando también en el seno de tranquilidades sin fin. Todo parecía concurrir a hacer más suave y duradera la fiesta del amor. Y cuando Gaud preguntaba:

— ¿Cuánto tiempo me amará?
 Juan le respondió, como asombrado por la pregunta, mirándola fijamente con sus hermosos ojos de franca expresión:

— ¿Cuánto tiempo? Siempre, Gaud, siempre.

Aquella sencilla frase en los labios del pescador tenía un verdadero sentido de eternidad.

Ella se distraía contemplando las cosas maravillosas de aquel París doble Lisboa habitado algunos años, pero que no lograban entusiasmar al rudo marinero.

— ¡Tan lejos de la costa y rodeado de tanta tierra! tu París debe ser muy melancólico—contestaba Juan.— Debe haber muchas enfermedades asquerosas en esas ciudades tan grandes de tierra adentro; no; lo que es yo, no quería vivir en un agujero semejante.

Gaud sonreía, asombrándose de ver la candidez de un niño en un hombre tan grande.

A su vez, él refería cómo era la Islandia; los veranos pálidos y sin noches; los soles oblicuos que no se ponen nunca. Gaud se hacía explicar las cosas que no comprendía bien.

— El sol de toda la vuelta, tenía la vuelta—decía paseando su brazo extendido sobre el círculo lejano de las aguas azules— Esta siempre muy bajo, porque, ya ves, no tiene fuerza bastante para subir; a media noche, arrastra en la orilla de su dios de la tierra al mar, pero en seguida se levanta y continúa dando su paseo en redondo. Hay veces en que también aparece la luna al otro extremo del cielo, y pasan los dos, cada uno por su lado, sin que se les distinga demasiado al uno del otro, porque el sol y la luna se parecen mucho en este país.

Gaud quería saber también qué cosa eran los *forde*, porque había visto escrita muchas veces esa palabra en las lapidas conmemorativas de los naufragios; los tales *forde* le habían el efecto de una cosa sinistra.

— Los *forde*—explicaba Juan— son grandes bahías como, por ejemplo, la de Paimpol; solamente que allí están completamente rodeadas de montañas tan altas, que no se ve nunca donde acaban, porque sus cimas están escondidas entre las nubes. Te aseguro que es un país triste. Figúrate que no se ven más que piedras sobre piedras, y que las gentes de la isla no saben lo que es un árbol. A mediados de agosto, cuando hemos concluido nuestra pesca, hay que tomar el camino del regreso, porque comienzan las neches y la oscuridad dura todo el invierno. También hay allí sobre la costa en un *forde*, un pequeño cementerio por el estilo del nuestro, donde son enterrados los del país de Paimpol que han muerto durante las temporadas de la pesca, ó que se han ahogado en el mar y luego se han encontrado sus cadáveres. Sobre las sepulturas hay cruces de madera.

Continuará.